
VINCULOS
El ángel que me advirtió
Cambio de lugar
La golondrina
Un relato de la biblioteca de Babel
Dulce Maja
Aún recuerdo cuando lo conocí
La leyenda del perro mártir
¿Quién está detrás del espejo?
Caída libre
Así la vida
Tongolele
El vino
Cartas a los magos
Instantáneas de septiembre
Crónicas de un taxi colectivo
Samsara D-DOS
López
El cuarto piso
Mi encuentro con el jaguar
CUARTO CONCURSO
CUENTACUENTOS

Cuarto concurso

CUENTACUENTOS

VINCULOS

Cuarto concurso Cuentacuentos
Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Ingeniería
2015, 135 págs.

CUARTO CONCURSO CUENTACUENTOS

Primera edición, 2015

D.R. © 2015, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Avenida Universidad 3000, Col. Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán, C.P. 04510, México, D.F.

FACULTAD DE INGENIERÍA
http://www.ingenieria.unam.mx/

Prohibida la reproducción o transmisión total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México.

Unidad de Apoyo Editorial
Cuidado de la edición: María Cuairán, Patricia García y Angélica Torres, formación editorial e ilustraciones: Nismet Díaz

CONTENIDO

Presentación 1
Prólogo 5

Alumnos
Caída libre 9
Tongolele 17
López 25
El cuarto piso 33
El vino 41
Instantáneas de septiembre 47
¿Quién está detrás del espejo? 55
La golondrina 63
El ángel que me advirtió 67
Así la vida 73
Aún recuerdo cuando lo conocí 77
Crónicas de un taxi colectivo 83
Samsara D-DOS 89

Profesores
Cambio de lugar 97
Dulce Maja 103
La leyenda del perro mártir 109
Cartas a los magos 115
Mi encuentro con el jaguar 119
Un relato, de la Biblioteca de Babel 125

Participantes del concurso 129

PRESENTACIÓN

Pablo García y Colomé
Profesor de Carrera, Facultad de Ingeniería, UNAM

«Con profunda consternación por el dolor y la sangre de nuestros hermanos de Ayotzinapa y de nuestro afligido país»

Ya llevamos cuatro años como jueces y les garantizo que aunque existe afecto entre nosotros ya que nos conocemos desde hace muchos años, en lo que se refiere a emitir nuestro parecer, continuamos enfrentando y confrontando nuestros veredictos con la pasión que merece el lograr o al menos avecinarnos a los mejores cuentos y que, aunque sigan nuestros dictámenes inmersos en una subjetividad propia del discernir humano, después de una gran cantidad de horas de lectura y algunas de disentimientos febriles, arribamos a arbitrajes iluminados por argumentaciones vehementes y opiniones apropiadas. Entonces el sosiego impera en la mesa.

Y cuando logramos concurrir en los primeros tres lugares, nuestros espíritus se relajan, olvidamos los enconos literarios y confiadas sonrisas nos reintegran al apaciguamiento poético que nos trae a esta placentera solemnidad que nos cobija el día de hoy.

No es fácil interpretar el papel de juez de la mejor manera, con el ánimo dispuesto y el apego a las letras que es común denominador de todos. Implica abundantes horas empeñadas en leer más de una vez cada cuento, arribar a un menor número de relatos y volver a ahondar en sus historias, atiborradas de la magia, de las entidades y de las cosas bellas que los concursantes han estampado en ellas.

Pero todo esfuerzo tiene su retribución, remuneración plagada de las composiciones de estudiantes y docentes de la Facultad y el hecho de haber alcanzado una decisión y estar aquí juntos para promulgarla.

Me vanaglorio de haber conformado este jurado con tres seres humanos hermosos.

Deseo hacer un paréntesis para elogiar y vitorear a todos los participantes, pues ninguno omitió lindas eventualidades en su obra. En todos los concursos, y así lo hemos manifestado, se ven embebidas en sus historias, relatos de amores y desamores, narraciones que exceden los términos de la naturaleza, crónicas de existencias que intersecan otras en enrevesadas correrías, y reseñas que en ocasiones nos conmueven y en otras crispan nuestros sentidos.

¿Qué tan poco le falta a muchos de los concurrentes a este concurso? ¿Qué tiene esta amalgama que compone aprendizajes de ingeniería con el oficio que destina como medio de expresión una lengua, para alcanzar frutos tan buenos?

Como homenaje a todos los cuentos finalistas, tanto de estudiantes como de profesores, haré el intento, en varios de ellos, de realizar una osada pretensión por mencionar algunos de sus fulgores. Lo haré sin diferenciar, a la ventura, a la chiripa.

«Te cobija y preserva el cartón. Bebes agua inmunda y comes podrido. Tu puericia aletea en la tristeza. Tu mamá fallece en tus pupilas. Te despiden en un saco de plástico. Agradeces a una rata la libertad. Engulles sobras y te corren. A los tres días te fogueas en lo sucio. Una anciana te carga con sus arrugas cálidas. Ronroneas. Su carne que mortifica.»

«La universidad del sur. Hitler, su cátedra y afuera gritaban ¡perros! Dos antropoides se apostaron a la entrada. Uno sentenció y como dios omnipresente exigió a todos pasar a la degradación, afeite y venta de sometidos. Después vendría la vendetta con otros espantados. Comenzó el lunes. Encargo de comprar puntos de fuga de marfil y compás de volutas, ¡qué cara pusieron en Lumen! Miguel Ángel no hizo caso. Fue ultrajado con saña. Cayó y su cabeza retumbó en el suelo. ¡Este buey ya palmó! Murió, vivió loco alarmando y tiznando. Hay una cruz frente a la alberca.»

«Arribo a la azotea. Tengo sobresalto. Me siguen. El agua me renueva, el granizo me lacera. Atranco la puerta. Llegan, abren, avanzan. Yo recelo, retrocedo, me acerco, me aproximo. La muerte de mi padre. Mi madre encaja con un policía. Nos mantenía y lastimaba. Mi madre se afligía y moría. Me alcanzan, casi me aprisionan. Le disparé. El estruendo de su cabeza al reventar se embarulla con el de la mía al tocar el suelo.»

«Cuadros y libros para guardar en el alma. Las hojas volaban en espiral, parecían ir tras él. Un instante, el claxon, la luz verde. Sebastián en cubículo nuevo con música, pintura y medicamento. ¡Oh, cáncer de mis horrores! ¡Maja, tu mano sobre el clavecín! De serviros, esta tarde me presento, por ver si logra mi suerte, la dicha de complaceros. ¿Es este mi inframundo? La existencia, ¿un puñado de narraciones mil y una veces repetidas? Si me equivoco de cáliz, te toco. ¡Mi dulce quimio! ¡Lucharé contra molinos! No deseo saber, sólo quiero volar.»

«Infancia con zozobra por tiranía del padre. Difícil odiar y tratar de amar. Y viceversa. Llegó Julián esperanza, una vez más la asfixia. ¿Cuándo quieres que vista, ría, llore? Emprendimos un largo y agotador viaje. ¿Será verdad que quien barrunta su muerte cambia notoriamente sus patrones de conducta? ¡No aterra tanto el pasado como un futuro sin posibilidades! ¿Sería la muerte de mi verdugo la vida de mi espíritu? Mi rostro se iluminó en una amalgama de terror, concupiscencia y esperanza. Cualquier ser, en ciertas circunstancias, es el más vulnerable de la tierra. Un trémulo impulso de mi mano. ¡Libre al fin!»

«Ella padece el estrés de CB. Busca *Los pasos de López*. Lo descubre extraviado. Busca su registro, encuentra un acertijo. Entrenada en los enigmas, estudiante de ingeniería al fin, lo resuelve. No me digas tu nombre. Todos los hijos de Frida quieren conocerte. Mayombe-bombe-mayombé. Sensemayá, la culebra. Nicolás Guillén. Allí había muchos que siempre había admirado y deseaba conocer. Mayombe-bombe-mayombé. Mayombe-bombe-mayombé.»

Muchas gracias

PRÓLOGO

Ana G. García y Colomé
Académica de la Facultad de Ingeniería, UNAM

Cada año la Facultad de Ingeniería se llena de letras. No de ésas que son para aprender y obtener una calificación. Son historias, relatos, descripciones, aventuras; llenas de metáforas, de versos, de poesía, de formas literarias; sentimientos de dolor, liberación, tristeza, enojo, alegría, los que saliendo curaron al escribirse así como al leerse, y al presentarse se convirtieron en cuentos.

Una vez más se realizó el concurso de «Cuentacuentos» y así comenzó la demostración de que estudiantes y académicos en ingeniería escriben, diferente a las ciencias duras, formas de contar lo que sale de su imaginación, de su fantasía, de sus propias vivencias.

Con 163 cuentos de estudiantes y por primera vez la participación de los profesores, comenzando el semestre, se reunieron los jueces, como siempre mencionando que éste más que un trabajo es

un placer, pues ellos son de letras, las que saborean y con su gusto exquisito leen y leen los cuentos.

Durante el semestre se reúnen en lo que se podría llamar discusiones, debates, enojos y risas, siempre buscando las diversas posturas literarias, todo para lograr al final del semestre decidir quiénes son los finalistas y los tres primeros lugares. Su trabajo no es fácil, es arduo, si tan sólo fuera leer, a lo que están acostumbrados, pero son jueces y hay que tomar decisiones. Impresiona su alto grado de responsabilidad, pareciera que ellos mismos fueran los evaluados, no aceptan ni un mínimo error. Lo bueno es cuando se encuentran con cuentos tan bellamente hechos que coinciden, entonces la alegría se desborda. Descansan, se relajan, seguro piensan «se logró la mejor obra».

Por su parte, la COPADI sigue su trabajo de organizar la ceremonia de premiación: se trata de que cada participante vea su cuento y su nombre, siempre son importantes los invitados especiales, ingenieros que escriben. La presencia en la mesa con los jueces, los que con gusto leen los cuentos de los premiados, el Director y autoridades entregan los premios, en fin, la fiesta se realiza con éxito y siente la COPADI que el equipo funciona y funciona bien.

El concurso cuentacuentos, actividad cultural que cumple con el logro de estudiantes y académicos íntegros, dedicados en sus disciplinas, en su ingeniería y abiertos para ser también seres universales.

ALUMNOS



PRIMER LUGAR

CAÍDA LIBRE

Saúl Uriel Canto Reyes
«Maff»

Y de repente todo pasó tan deprisa, pero recuerdo cada momento con detalle…

Subí las escaleras con ese pasatiempo que siempre hice, contar los escalones: uno, dos, tres… la verdad no recuerdo cuántos subí, tenía prisa, huía y por culpa del dolor, las piernas me quemaban, sí, tanto, que me hacían flaquear, ardían como si fuesen a explotar, apenas me podía sostener, estaba agotado y con mucha dificultad lograba respirar.

Con las últimas gotas de esfuerzo que me quedaban, abrí la puerta que daba hacia la azotea y caí. No sentía la mitad inferior del cuerpo, estaba completamente paralizada, como cuando te duermes sobre un brazo y despiertas sin poder moverlo, parecía inerte.

Caí boca abajo, me encontraba mirando el suelo y con los brazos apenas si logré darme vuelta, mi vista estaba nublaba y me sentía

mareado. Poco a poco regresó mi visión a la normalidad, mi respiración seguía acelerada pero cada vez más estable y en un intento por pararme, apenas pude mover los dedos de mis pies. Decidí quedarme acostado un rato más, al menos hasta poder levantarme.

Aún sin poder mover las piernas vi el cielo nublarse y al poco tiempo cayó una gota sobre mi rostro seguida de muchas más; era una lluvia tenue como una brisa y refrescante como el rocío, sumamente relajante, era justo lo que necesitaba.

A lo lejos se podía oír un ruido que aturdía cada uno de mis sentidos, un sonido molesto, pero sobre todo perturbador, —¿Es que me han encontrado?— pregunté en voz alta como si de la nada alguien fuera a contestarme. La desesperación invadía mi cuerpo, me sentía atrapado, pero afortunadamente mis piernas empezaban a responder, me reincorporé y busqué cuanto pudiera servirme. No lejos de mí encontré una cadena y tablas, estaban un poco viejas, pero serían de gran utilidad. Cerca de la puerta había un tubo y para mi suerte la cadena era lo suficientemente larga para atrancar la puerta con él, cerré la puerta, la cadena daba unas tres vueltas alrededor del tubo y la manija, ¡oh!, si tan sólo tuviera un candado, aunque sea uno pequeño hubiera bastado.

Mis piernas flaquearon de nuevo, resentían la subida tan prolongada, la adrenalina me abandonaba y comenzaba a sentir el dolor del esfuerzo. Miré mis pies y de pronto sentí unos golpecitos como de pequeñitas piedras golpeándome todo el cuerpo, la sutil y bondadosa lluvia se había convertido en un despiadado y torrencial granizo; pero gracias a ello olvide el dolor y rápidamente le quité las

agujetas a mis *converse,* (esos converse que me regaló mi madre por mi décimo cumpleaños), mientras retiraba las agujetas recordé que le había prometido cuidarlos, apenas pasó una semana de ello y ya están todos mojados, para colmo, seguro que no volveré a ver esas agujetas, ¡lo siento mucho mamá!

Empecé a escuchar un ruido tan atemorizante como el primero, aumentaban en número y se acercaban cada vez más. Mi desesperación y miedo crecían, pero no me arrepiento de haberlo hecho. ¡Se lo merecía!, y yo sabía que vendrían a castigarme.

Con los dientes corté las agujetas por la mitad, al final me quedaron cuatro trozos medianos y con ellos até algunos eslabones de la cadena, improvisando un candado. El amarre estaba muy apretado, lo hice con cuidado tal como me había enseñado mi papá, realmente me sentí seguro, nadie podría atravesar esa puerta.

Asomé la cabeza por la orilla del edificio y pude verlos, eran mínimo unos seis coches, estacionados alrededor de las posibles salidas, —ja ja ja—, como si tuviera pensado salir. Ni siquiera podrán llegar a mí, pensé. Apagaron sus fastidiosas sirenas bicolores y a través de un altavoz me exigieron que bajara, que no querían hacerme daño, decían. Yo sabía que mentían, él era uno de ellos y venían a vengarlo, querían hacerme pagar. Agarré una de las tablas y la lancé, cayó sobre uno de los vehículos y sin decir más, uno por uno entraron al edificio, todos dispuestos a bajarme por la fuerza. Me restaban tres tablas y las usé para atrancar más la puerta, colocándolas entre la puerta y el piso.

El granizo comenzó a parar y volvió la reconfortadora brisa de antes. Busqué más cosas que me pudieran servir, pero sólo encontré

un pedazo de vidrio roto, que sin pensar mucho, utilicé como mi espada: si atravesaban esa puerta, lucharía hasta el final.

Con el vidrio entre mis dos manos, miré fijamente la puerta esperando que alguien se atreviera a pasar. Súbitamente oí unos fuertes azotes descargándose sobre la puerta; eran ellos sin duda, pero no podían pasar y me reí. Sin embargo, era tanto su deseo de verme pagar, que arremetían una y otra vez contra la puerta; una a una las tablas iban cayendo, comenzó a invadirme el miedo, acompañado de un nudo en la garganta. Éste era mi final.

Mi única esperanza era que la cadena no se rompiera, pero estaba tan vieja y oxidada que mis esperanzas fueron en vano, con sus devastadores golpes sobre la puerta al fin la cadena cedió, reventando en pedazos. Uno por uno aparecieron frente a mí, mientras, con débiles pasos, yo retrocedí poco a poco. Ellos levantaron sus manos como señal de buenas intenciones, pero yo no les creía, todos debían de ser como él, no podían engañarme. Mi cuerpo seguía retrocediendo asustado, envuelto por el pánico y ellos sólo decían que todo iba a salir bien, si accedía a irme con ellos.

Y de repente todo pasó tan deprisa, pero recuerdo cada momento con detalle…

El techo húmedo por la lluvia provocó que mis pasos fueran falsos y después hubo un último paso, el que me obligó a fijar la mirada en el cielo. Me sentí ligero, las pequeñas gotas de lluvia parecían que me acariciaban, tocando mi rostro como consolándome y el aire me abrazó sutilmente por todos lados.

Ya no sentía miedo ni ese nudo en la garganta, cerré mis ojos y llegaron a mi mente todos esos recuerdos. Como si fuera una película, todo tipo de imágenes y episodios de mi vida, todos acudieron hasta el punto en donde me encontraba ahora.

Añoraba todas esas navidades, todo el tiempo de felicidad, sin duda, que pasé con mis padres. Todo ocurría en fracciones de segundo, pero me hacía revivir sentimientos tan profundos, los percibía como si fuera en ese preciso momento en el que acontecían.

Recordé también ese trágico accidente, después del cual pasamos meses en el hospital recuperándonos, para después salir con la noticia de que mi padre no lo había logrado. Incluso el duelo lo volví a sentir a flor de piel.

Recordé el momento en que mi madre volvió a casarse con ese, tan poco hombre, con ese policía maldito, que si bien pagaba nuestros gastos, lo hacía a costa de lastimarnos a mi madre y a mí. Después de eso sólo venían a mi mente las lágrimas que mi mamá derramaba todos los días y que después con una sonrisa me decía que todo saldría bien.

Pero por supuesto, cómo no conmemorar «este» magnífico día, día en el cual ese mal nacido dejó inmóvil a mi madre, y me alegró pensar que mamá ya no podría sufrir más, ya que sin querer, esa bestia la liberó de su tiranía, de sus abusos excesivos, me alegré por ti mamá…

El cielo empezaba a oscurecerse, la dulce brisa comenzó a convertirse en una lluvia ligera y yo, lloraba de felicidad. Era feliz

porque, en este momento, revivía el recuerdo más pleno de «este» día, la forma en que abatí a ese ruin villano, el momento en que me armé de valor, la rapidez con que robé su arma, el instante en que sin titubear apunté directo a su cabeza, pero, admito que lo mejor de todo fue el sonido, ¡ese maravilloso sonido! Y no hablo del rugido del disparo, ¡por supuesto que no!, sino del crujir que hizo su cabeza, lo recuerdo perfectamente, porque fue el mismo estallido, la misma explosión que percibí cuando al fin toqué el suelo.



SEGUNDO LUGAR

TONGOLELE

Faustino Adrián Ramírez Bautista
«El Diablo de Alma Buena»

En una calle de tu ciudad, la más fea y sucia que recuerdes, te despiertas una mañana bajo una caja de cartón; tienes frío y hambre, como todos los días desde que comenzaste tu búsqueda para poder regresar a casa. Te acercas a un charco de agua negra y bebes un poco, buscas entre la basura un poco de comida y te conformas con un trozo de jamón virginia azulado, pero ya no te importa, sólo quieres dejar de oír el chillar de tus tripas.

Te vuelves a sentar bajo esa caja antes de que un pepenador te corra de un puntapié, corres y terminas por treparte a un árbol. Bajas después de unas horas y buscas refugio del sol en una sombra al lado de un zaguán y recuerdas tu historia.

Una mañana de un 9 de abril naces dentro de un clóset, eres el segundo de 4 hermanos y el único de color negro, te dan un nombre

por tus canas que tienes en la espalda y en dos brazos, cuando abres los ojos tienes quince días de nacido y eres el segundo que los abrió; al mes, eres el primero que come sólidos y tomas agua, al poco tiempo dejas la leche materna y comienzas a jugar con tus hermanos y las cosas de la habitación donde vives. En breve sales de esa habitación para explorar la casa y a trepar por los muebles, reconoces a un joven y a una niña de diez años como tus humanos, son quienes te dan cariño y te dan alimento, hay dos personas más en la casa viviendo, pero casi no los notas dado que ellas no te hacen caso. Tus hermanos poco a poco se van yendo de casa y sólo quedan viviendo ahí tu madre y tú.

Ahora tienes dos meses de edad, estás acostado en la cama de la niña, ves que regresa de la escuela, sube las escaleras y al llegar a su habitación la notas agitada, no sabes por qué, pero después al dormir no puede respirar y la tienen que llevar a urgencias, dejan la puerta abierta y tu madre sale corriendo, en eso pasa un auto y la atropella, están más preocupados por la niña y no se dan cuenta que está agonizando tu madre, tú eres el único que ve el momento en que es arrollada por ese auto e intentas salir a ayudar a tu madre, pero no puedes porque te cierran la puerta en la nariz.

A la mañana siguiente llega la niña, le diagnosticaron asma, le prohibieron que viviera cerca de ti, el recolector de basura se llevó el cuerpo de tu madre por lo que no saben dónde está y piensan que se ha escapado como en otras ocasiones que no regresaba a casa en una semana o dos. Les intentas decir que tu madre está muerta, pero nadie te escucha, por chillar demasiado te encierran en una habitación, te da sueño y duermes a un lado de la puerta en el frío piso.

Pasan unas semanas después de aquel encierro y tienes ganas de ver a la niña, pero no te lo permiten, escuchas hablar al joven y a los dos adultos mientras la niña duerme, pero no logras escuchar bien de lo que hablan. Es de madrugada y sientes unas manos tibias que te cargan y rápidamente te meten dentro de una bolsa negra de plástico, escuchas el ruido de un motor y al poco rato la bolsa es arrojada en una calle obscura y con olor a alcantarilla. Una rata roe la bolsa, puedes salir y no reconoces el lugar en donde estás, lo único en que piensas es en volver a casa. Caminas por la ciudad y te das cuenta que es el primer día que estás fuera de casa, nunca habías estado fuera de tu hogar y lejos de tus humanos, nunca habías visto a otros humanos y lo único que recibes de los demás humanos es desprecio e insultos.

Han pasado tres días después de que ya no estás en casa. Has perdido peso y tienes demasiada hambre, comienzas a comer de lo que se cae de los negocios de comida, pero te corren con una cubetada de agua, así que llegas a un mercado y ves que tiran comida y hay más como tú en la basura buscando comida. Te acercas, pero para tu sorpresa te sorprende alguien más grande que tú y fuerte con un golpe, te dice ¡largo de aquí! no nos gustan los extraños, le respondes ¡tengo hambre!, pero no escucha y te vuelve a repetir ¡largo de aquí! ¿qué no entiendes? Le dice alguien de los que están comiendo ¡déjalo en paz! se ve que tiene poco tiempo fuera, no es como tú que te has criado en la calle; te dejan comer pero de las sobras de los demás, quien te defendió te pregunta cuánto tiempo llevas en la calle, le respondes que una semana, pero no te cree, te dice que

nunca había visto a alguien fuera de casa comer con asco, a esto uno se acostumbra en menos de dos semanas y al sabor del agua, en menos de una semana. Te han descubierto y dices la verdad, tres días, y que esperas pronto volver a casa con tus humanos. Le cuentas tu historia, cómo fue que despertaste en la calle y cómo una rata te ayudó a salir o sólo estaba buscando algo de comida, pero aún así le diste las gracías. Te dicen que ya no te quieren con ellos y que dejes de buscarlos y que mejor vivas con ellos en la casa abandonada, ya que por lo menos tendrás un refugio para la lluvia. Pero sólo dices: no, no, no, no y corres con todas tus fuerzas, con un nudo en la garganta y lágrimas en los ojos.

Después de haber corrido durante treinta minutos, tus piernas ya no dan para más y encuentras refugio del sol bajo un árbol. Bebes agua de un charco, no te importa el sabor, sólo tienes sed, se acerca un can, te pregunta que si le compartes de tu charco, le dices que tiene un sabor extraño, él sólo ríe y bebe. Al terminar de beber te dice que después de la primera semana te deja de importar si tiene un mal sabor o no (vuelves a escuchar las palabras sobre lo rápido que te acostumbras al sabor de la comida y del agua), te cuenta su historia de por qué está en la calle, te dice que sus dueños lo golpeaban desde que nació y un día que pasaba el recolector de basura vio la oportunidad de escapar de casa y de esa vida y que a pesar que pasa hambre y frío, está más feliz de vivir en la calle que en donde vivía antes. Le dices que extrañas a tus humanos, le cuentas tu historia, pero él no te dice nada y se limita a quedarse callado, después de un incómodo silencio te dice: espero que pronto los encuentres

y que si querías, pasaban la noche en un llano que conocía por ahí cerca dado que tú ahuyentarías más fácil a las ratas que él, no lo piensas dos veces y aceptas, duermes poco tiempo, sólo piensas en tus humanos una vez más, siempre piensas en ellos desde que te fuiste.

Ya perdiste la cuenta desde que te separaste de tus humanos y todos los días se vuelven monótonos, despiertas, caminas, buscas comida entre la basura, bebes agua con un sabor extraño, pero como te habían dicho te acostumbras, buscas un lugar para dormir unas horas, por lo general es en azoteas, ahí te es más fácil protegerte.

Una anciana durante una tarde se te acerca y te dice que estás muy bonito y te carga hasta su casa en sus brazos arrugados pero cálidos; te da un poco de agua fresca y un trozo de carne con un sabor extraño, pero no te importa, ya ha pasado mucho tiempo desde la última vez en que sentiste el cariño de un humano y al poco tiempo te saca a la calle ella misma, piensas, tal vez sólo me ayudó porque sabía que estaba buscando a mis humanos o ellos la mandaron para que me diera agua y comida.

Sigues caminando, pero rápidamente estás cansado, ya no puedes seguir caminando por esta ciudad, recuerdas a tus dos humanos, intentas recordar a los otros dos, pero un olor conocido llega a tu nariz: esa colonia que olías antes de que saliera el joven para la escuela; volteas hacia un lado y hacia el otro y al fin lo ves pasar, al joven junto a dos jóvenes que no conocías, intentas seguirlo y hablarle para agradecerle por mandarte a la anciana que te dio de comer, pero no tienes fuerzas para hacerlo, intentas ronronear y tampoco lo logras.

Sólo piensas, al fin mi búsqueda ha terminado, al fin encontré a mi humano, recuerdas el sabor de la carne que te dio la anciana y quieres probar un poco más, pero piensas que tal vez esa carne con sabor extraño fue lo que te hizo sentirte tan cansado y sin fuerzas; piensas, dormiré durante unos minutos y seguiré su rastro, cierras los ojos, pero ya nunca los vuelves a abrir.

Así termina tu búsqueda para volver a estar con tus humanos y sólo volviste a ver a uno de ellos, pero no notó que eras tú, su supuesto y adorado Tongolele.



TERCER LUGAR

LÓPEZ

Faustino Adrián Ramírez Bautista
«Leonardo Roble»

Irene caminó sobre el pasillo de la clasificación PQ en busca de aquel libro. No era suficiente con la serie de integral, la de álgebra lineal, el examen de estática, el plan de negocios de costos y el examen de economía, para hacer de su próxima semana un mar de estrés en su cabeza. También tenía que leer *Los pasos de López* y entregar una crítica de dos cuartillas para el lunes, cortesía de literatura. «¿Por qué todo lo dejo hasta el último momento?» se recriminaba. Llegó al lugar indicado y comenzó a buscar; PQ7297I21P37 no se encontraba en el estante, lo cual significaba que no comenzaría a leer el libro aquella misma tarde de viernes. Siguió de pie frente al estante y levantó la vista al techo blanco, cerró los ojos y respiró profundo. Conforme escapaba el aire de sus pulmones y bajaba la cabeza a su posición normal, sus ojos recorrían los libros que había en el estante

de arriba hacia abajo, cuando de repente, por casualidad tal vez, vio un título familiar, era el libro que ella buscaba, acomodado en el espacio de arriba del estante, estiró la mano y lo retiró. No debía cantar victoria, si era el único que quedaba significaba que era una reserva. Lo abrió en la última página para checar si podía pedirlo a préstamo, pero se llevó una rara sorpresa; en lugar de encontrarse la pequeña hoja de los sellos, encontró una nota que decía lo siguiente: «*Debes considerarte afortunado(a) por dos cosas: La primera es que si resuelves el siguiente acertijo, podrás ser parte de un club secreto dedicado a la cultura y al buen ocio; la segunda es que puedes ignorar el reto y llevarte el libro a casa, es tuyo, solo quítale la etiqueta al lomo*».

Irene siempre odió aquellos retos que su padre le obligaba a realizar los fines de semana; si conseguía dar con la respuesta, éste le compraría lo que ella pidiese; si no, podía olvidarse de cosas que una chica ama durante la adolescencia como conciertos, cine, discos, etc. Siempre eran preguntas de lógica y acertijos que raras veces respondía correctamente. Si algo había aprendido de aquellas pruebas era que si quería algo que de verdad desease, tendría que ganarlo no sólo con esfuerzo físico, sino también con esfuerzo mental. Ahora por primera vez podría ver el lado positivo de todo aquello, pues sabía perfectamente la respuesta al misterioso acertijo. Sólo que había un detalle, ¿con quién tendría que dirigirse para darle la respuesta? Buscó en el libro más detalladamente; pasó velozmente las hojas de principio a fin, buscó detrás de las sobrecubiertas y lo sacudió un poco para ver si caía un papel; pero no encontró ningún teléfono

de contacto, dirección o correo electrónico. ¿Acaso sería víctima de una broma de mal gusto?

Volvió a sentarse en el mini cubículo y de nuevo revisó el libro, esta vez meticulosamente. Carecía de los sellos en los costados y no parecía haber presencia de la tira de metal, sólo tenía la etiqueta pegada con la clasificación; si se la quitaba podría pasar como un libro sin dueño. Lo hojeó hoja por hoja y seguía sin encontrar nada, hasta que notó algo en el folio; algunos números estaban rayados con lápiz. El uno, el cero del diez, el uno del cincuenta y uno, el uno del setenta y uno, el nueve del noventa y uno, el siete del ciento diecisiete, el tres del ciento treinta y siete y el cero del ciento veinte. Anotó los números rayados y para ella sólo había una posibilidad; en conjunto, ordenados como los anotó, formaban un número telefónico. No estaba segura, pero decidió arriesgarse, tomó su celular y marcó los dígitos. «Tal vez es un número equivocado, no pasará de eso» pensó. Después de seis tonos alguien descolgó el teléfono.

—¡Vaya!, alguien ya descubrió el libro y sabe la respuesta al acertijo —dijo la voz al otro lado del teléfono.

Era la voz de un hombre. Irene no podía creerlo. Había tenido razón, y ahora no podía formular ni una palabra.

—¿Hay alguien ahí?

—Sí… sí —contestó Irene con dificultad— ¿Cómo se llama? ¿Es esto una broma?

—Antes de responder a esas preguntas, primero debes darme la respuesta al acertijo, así que dime: ¿Cómo haces la mitad de doce igual a siete?

—Dibujas una línea que parta por la mitad al número doce romano, y la parte que queda arriba es el número siete romano —contestó Irene.

Se hizo un leve silencio que a Irene le pareció una eternidad, después el hombre al otro lado le dijo:

—Felicidades, ahora eres parte de los hijos de Frida —contestó el hombre—. Me llamo Pedro, y no es una broma.

«¿Los hijos de Frida?, ¿En qué clase de broma estaba cayendo?» se preguntaba. Irene sólo quería empezar con la tarea menos complicada y ahora estaba hablando con una persona desconocida. «Tal vez esto no es real; sólo me quedé dormida en el mini cubículo; sí, eso debe ser» pensó.

—Sé que en esta época es muy difícil fiarse de la gente —continuó el hombre— pero te aseguro que puedes confiar en mí, somos un club real. ¿Crees que podamos reunirnos el próximo fin de semana?

Aquel hombre que se hacía llamar Pedro, le dijo que todas las dudas que ella tuviese se las aclararía cuando se vieran. Acordaron el sábado a las diez de la mañana, le pidió por favor que no hablara con nadie acerca del club. La cita sería frente a la biblioteca central, justo del lado donde se libra un eterno debate entre el bien y el mal. Le pidió que llevara en las manos el libro para que él la reconociera.

Irene se sentía tonta, sabía que en aquella clase de trucos sólo caía la gente despistada; pero a pesar de lo sospechoso del asunto, tenía una buena intuición.

Aquella fue una semana con demasiado estrés. Había cumplido con todos sus compromisos y creía por convicción que había resuelto

sus exámenes como toda una campeona, pero durante aquellos ocho días la intriga fue una invitada indeseable con la que tuvo que hacerse compañía. Llegó puntual y no parecía haber nadie allí que estuviera esperándola, por supuesto que avisó a todos en casa que iría a la biblioteca, pero mantuvo su palabra acerca de no hablar de tan misterioso club. «Más les vale que de verdad sea un club de cultura» pensó. Sacó el libro de su bolsa y lo sostuvo con ambas manos sobre su pecho. No tuvo que esperar mucho tiempo; un hombre a primera vista, no mayor a treinta años de edad, se estaba acercando hacia ella y le sonreía mientras levantaba una mano saludando. Era delgado y bastante alto, vestía de traje negro, la piel de su cara era blanca y su cabello lacio estaba revuelto en su cabeza.

—Hola, yo soy Pedro —le dijo tendiéndole la mano.

Ella correspondiendo el gesto y dijo:

—Mucho gusto, yo me llamo Ire…

—¡No!, no me digas tu nombre de pila —la interrumpió— si decides quedarte en el club, te llamarás López.

—¡Vaya! —exclamó Irene— esto sí que es bastante divertido.

Pedro le comentó que, precisamente, se estaba llevando a cabo una reunión con todos los miembros muy cerca de ahí, en el edificio que estaba frente a la estación Dr. Gálvez. Mientras caminaban él la ponía al tanto de la situación.

—El club tuvo sus inicios en la época de los años cuarenta —dijo—. Cada cierto tiempo se llevaban a cabo reuniones donde se discutía, entre otras cosas: temas de arte, política y sociedad. No todo el tiempo se dialogaba e intercambiaban puntos de vista,

también se disfrutaba de una buena fiesta. Entre los miembros más destacados se encontraba Frida Kahlo. En ese entonces las reuniones no eran tan privadas y secretas como en la actualidad. Después de la muerte de Frida, ya casi no se hacían reuniones, pero amigos y admiradores de la pintora decidieron continuar con la tradición, solamente que los miembros del nuevo club, serían seleccionados meticulosamente; sólo habría lugar para verdaderos amantes de la cultura y arte mexicano, el nuevo club se llamaría *los hijos de Frida*. Conforme pasaron las décadas; los miembros eran ya, en su mayoría, artistas, escritores, músicos y actores. En una reunión, hace algunos años, pensaron que sería buena idea incluir miembros de otras disciplinas profesionales, pues de sólo arte y cultura no está constituida una sociedad. Los nuevos miembros tendrían que ser jóvenes inteligentes y ambiciosos, y el mejor lugar para encontrarlos era en las universidades. Les pareció divertido colocar cada año libros con retos en las bibliotecas de diferentes campus. Pasó mucho tiempo, y perdíamos toda esperanza, pues nadie lograba resolver los acertijos, encontrar el número telefónico escondido o tal vez ni siquiera habían descubierto el libro. Pero la semana pasada recibimos tu llamada y nos alegramos bastante. Ahora todos quieren conocerte.

Ella escuchaba con atención a Pedro. Llegaron a la estación del metrobús, cruzaron la avenida y entraron al edificio. Subieron al elevador y él apretó los botones que los llevarían al piso veintitrés. Mientras esperaban, él preguntó:

—¿Te gusta alguna corriente artística de México en especial?

—Me gusta un poco de todo —contestó Irene—. A veces escucho

Sensemayá a todo volumen, me gustan las novelas de Carlos Fuentes, adoro los cuadros de Remedios Varo y mis películas favoritas son *Ánimas Trujano* y *Macario*.

—¡Macario! —Pedro se sorprendió y empezó a reírse.

Se abrieron las puertas y bajaron del ascensor. Afuera había una gran puerta de cristal vigilada por dos hombres vestidos con traje. Cuando estuvieron cerca les abrieron la puerta y los dejaron pasar. Era un espacio muy amplio lleno de personas que estaban conversando y disfrutando de una cálida reunión con comida, vino y música de fondo. Irene se esforzaba por mirar los rostros de aquella gente, pero no logró reconocer a nadie a primera vista.

—¡Hermanos, su atención por favor! —alzó la voz Pedro. Todos guardaron silencio y la música de fondo sesó poco a poco. —Quiero presentarles a nuestra nueva hermana; ella es López, la única ganadora del reto que nosotros ideamos. Hagamos un gran esfuerzo para convencerla de que se nos una de por vida.

Todos la miraron fijamente. Irene no podía creer lo que sus ojos estaban viendo. Ahí había muchos actores y escritores que ella siempre había admirado y deseaba conocer.



EL CUARTO PISO

Luis Armando Cerón Gutiérrez
«Drill Bit»

Vivía solo en el maldito cuarto piso de un edificio en Santo Domingo. Había llegado hace dos años y medio a la ciudad con muchas ilusiones y emociones que únicamente los que descubren una «A» en las largas listas de aspirantes pueden sentir. ¿Te quedaste en la UNAM?, —preguntaban—. ¿Vas a vivir en el DF?, ¿por qué no te quedas en la Universidad de aquí?, ¿por qué hasta allá?, ¿por qué tan lejos?, ¿por qué?, simple: porque hasta allá está.

Ya en quinto semestre ni la «A», ni estar lejos de Toluca, ni las preguntas «por qué» tenían tinte de presente, el presente ya tenía nombres raros: Laplace, Riemann, Taylor, L'hopital, integral —mi archienemiga— y la temida Termodinámica. Poco a poco, desde el primer día, comencé a mimetizarme con el anexo y en menor proporción con el principal: una combinación de siseos de todas las

voces en el cambio de hora, seguida con la melodiosa alarma de la biblioteca que suena cada vez que detecta un libro; ni qué decir del ruidoso sonido de cada quince minutos y los floridos chiflidos acompañados con los finísimos aullidos a manera de piropo para una chava bonita y desafortunada, en resumen todo eso ya era yo.

Un día mi papá me habló y después de saludarme como era habitual me dijo que estaba atravesando por problemas económicos y que me recortaría el dinero que me daba mensualmente. —Sería bueno que compartieras el departamento, —me dijo—. Sin poder ocultar su voz preocupada se despidió de mí y colgó. De alguna manera me alegraba la idea de compartir el departamento, esto de estar solo me deprimía. En el anexo y la facultad no tenía amigos con los que me llevara más allá de un compañerismo aburrido. No sé por qué, pero siempre me ha costado muchísimo relacionarme con las personas y hacer amigos nuevos; aunque yo veo que muchos compañeros se conocen desde la prepa o el CCH y, sin embargo, yo llegué sin conocer a nadie.

Sin tardar mucho en poner manos a la obra para conseguir un «*roomie*» coloqué anuncios en un grupo de Facebook para foráneos y en una página que estaba destinada únicamente para la renta de cuartos, casas, departamentos, etcétera. Dejé mi mail, mi Facebook y mi número para que me pudieran contactar de una u otra forma.

Subí fotos del departamento, de la sala, la cocina, el baño y por supuesto del cuarto que iba a compartir. Tuve que dedicar cierto tiempo en ordenar todo para que se viera bonito; tardé bastante en arreglar el desastre de la cocina y hacer que el lugar en cuestión se

viera habitado por un humano. Hasta encontré mi serie de Geometría Analítica que di por secuestrada por alienígenas el mismo día que debí entregarla… basura, basura y más basura.

Revisé mi correo, y nada. Dos semanas y nada, ni un «me gusta» a mi publicación: comencé a desesperarme. A la tercera semana sonó mi celular, un número desconocido —que jamás se guardó en el registro de llamadas— apareció en el identificador.

—¡Sí, buenas tardes!

—¡Bueno!, —la voz tímida de una chica respondió en el auricular— ¡buenas tardes!, hablo por el anuncio del cuarto que rentan.

Le expliqué, *grosso modo*, que era un departamento en el cuarto piso en Santo Domingo, que estaba a diez minutos de CU, que la zona era muy tranquila, le di referencias de cómo llegar y cuál era el costo de la renta y los servicios. Le dije que yo era la otra persona que vivía en el departamento. Me sorprendió mucho que no le importara compartir una cocina, una sala y un baño con un hombre, pero me sorprendió aún más que le interesara tanto como para pedir ver el lugar esa misma tarde. Arreglamos la cita, dijo que no estaba lejos y que llegaría en una hora. ¡Maldita sea, una hora! Me puse en friega a lavar los platos del desayuno de anteayer para dejarlos sin residuos de Choco Krispis; como pude me puse a mal trapear y a poner medio presentable la sala de dos meses sin limpiar. Justamente a las 6:20 —dos horas después de la llamada— sonó el interfono; me levanté del sillón y dejé mi Coca Cola en la mesa de la sala para acudir a contestar: era ella. Bajé las eternas escaleras sin pensar en nada y abrí la puerta del edificio tan rápido como pude. —¡Hola!, —me saludó sin

obtener respuesta. Yo me quedé embobado, atarantado y no pude pronunciar ni una sola palabra. ¡Era hermosa!, jamás había conocido ni visto a una chava tan bonita, era como un ángel o, al menos, lo más cercano a uno. No sé cuánto tiempo pasé viéndola sin decir nada, hasta que un gesto en el fondo de sus ojos aceitunados me regresó a la realidad. Como pude, balbuceé algunas palabras para invitarla a ver la habitación. Estaba nerviosísimo y mi tour por el edificio y el departamento se volvía bastante aburrido. Yo sólo esperaba el momento en que ella saliera corriendo de allí, pues debo de confesar que tengo ese «don» conquistador de ahuyentar a las chicas con marca récord.

Cuando terminé de mostrarle el cuarto que ocuparía si se quedaba, me preguntó que si se podía instalar esa misma semana; sorprendido, afirmé con la cabeza sin decir nada. En la puerta del edificio nos despedimos, me dijo que regresaría con sus cosas para compartir el departamento formalmente. Subí de nuevo hasta el cuarto piso, comí algo e intenté estudiar.

Busqué en Youtube una canción y la puse a todo volumen para concentrarme en mi serie, revisé mi Facebook y sólo encontré una invitación para jugar Candy Crush, ¡bueno, peor es nada! Ya es momento, ahora sí, de hacer mi tarea. Comencé a pelearme con ecuaciones diferenciales durante varios minutos hasta que un ruido en la cocina me sobresaltó, seguramente algo se cayó, pensé en Isaac Newton y en una manzana. Reanudé la pelea con Laplace y ya cuando éste me estaba dando una golpiza, volví a escuchar ruido, pero más fuerte. Al principio me dio miedo, mucho. Me levanté y salí de mi cuarto. Casi me da un infarto cuándo descubrí que alguien

había entrado al departamento: era una mujer, la misma chica que se había interesado en ser mi *roomie*.

—¡Hola de nuevo!, se me olvidó mi bolsa y regresé por ella.

—¿Cómo entraste? —pregunté aún sobresaltado.

—Estaba abierto, y entré por mis cosas. Escuché que estabas estudiando y preparé café para los dos. ¿No quieres?

¿Cómo era posible? Yo nunca he dejado la puerta abierta, jamás he olvidado mis llaves en el departamento y recuerdo perfectamente haber cerrado bien. Aunque todo era extraño y muy confuso, el rostro de esa niña era amable y en el fondo me recordaba a alguien que conocía cuando era niño. Además el café que había preparado tenía un aroma delicioso.

Nos sentamos en la sala y comenzamos a platicar. Me dijo que era de Ingeniería Civil, que era de Puebla, me platicó cómo y por qué había llegado a la UNAM. Me pagó la renta y el depósito del departamento y me dijo que lo iba a habitar desde esa misma noche. Duró tanto nuestra plática que me fui a mi cuarto a dormir a las 12:00. Le presté cobijas y una almohada, cerró su cuarto y yo me fui al mío. Al otro día se me hizo tarde para variar. Me levanté corriendo y me vestí como pude y con lo que pude. Corriendo llegué a CU, corriendo abordé el puma ruta 1 y corriendo llegué al edificio A del principal. Ya sin correr, ya me había cansado, llegué al tercer piso a la clase. Terminó mi día en la escuela y me fui a casa. Cuando llegué al departamento no encontré a nadie. El cuarto que no era mío estaba abierto, entré y todo estaba intacto; me fui a mi habitación a estudiar. Ese día, ella no llegó a dormir.

En la mañana me despertó un aroma delicioso y el ruido de la licuadora —recordé que tenía licuadora—. Salí de mi habitación y era ella de nuevo, se veía aún más bonita. ¡Hola!, me saludó. El desayuno ya está listo, ¡te preparé hotcakes!

Yo no podía comprender, a qué hora y cómo había entrado. Pero estaba allí conmigo a partir de ese día y durante muchos más haciendo lo mismo, apareciendo un día y ausentándose tres…

—Apúrate que vamos a llegar tarde…

No entendía muchas cosas. Por qué era tan amable, por qué me tenía tanta confianza como si ya me conociera de hace mucho, por qué es tan buena para las matemáticas si nunca estudia, por qué a veces pasaba bastante tiempo conmigo y otras veces no llegaba al departamento en días, a dónde iba cuando no llegaba. No sabía y no me importaba, y lo peor de todo no quería y ni quiero saberlo.

Llevo viviendo con ella casi 8 meses, y nada ha cambiado. Sigo sin entender muchas cosas, pero ya nada de eso me importa. Me llevo fenomenal con Mariana —así dice que se llama—, y no me atrevo a preguntarle de frente quién es ella en realidad por miedo a que se vaya, aunque una vez, mientras estudiaba en la sala, me miró y me dijo que cuando yo ya no me sienta solo o tenga novia tendrá que irse del departamento del cuarto piso para siempre.



EL VINO

Raymundo Cruz García
«Sr. Mayúscula»

Hortensia miró que el reloj marcaba las cinco de la mañana.

Llevaba más de veinte horas sin dormir. Se entretenía mirando un punto fijo en el techo, perforando el concreto tan sólo con mirarlo. Sentía un aire pesado en los pulmones, un denso aire glaciar que le hacía temblar de pies a cabeza. Se quedó inmóvil imaginando todo lo que sucedía a esa hora en la ciudad, mientras permanecía envuelta en kilómetros de cobertores. Su cama se convirtió en una montaña de edredones con almohadas alrededor y de las ventanas se asomaba el cielo matutino bordado de cortinas hechas nubes. Con sus rodillas pudo formar claramente el pico de Orizaba, entre tanto ella semejaba a la «Mujer dormida».

Levantó el teléfono y marcó por segunda ocasión.

—Departamento de control de mentes subversivas y casos paranormales. Por favor seleccione alguna de las opciones y de inmediato le atenderemos: si conoce individuos relacionados con atentados al régimen, marque uno; si cree ser un individuo en contra de la nación, marque dos; si ha presenciado apariciones divinas, marque tres; si ha hecho pactos con el diablo en las últimas semanas, marque cuatro. Colgó antes de que la voz femenina digitalizada terminara el menú interminable. Pero Hortensia no conocía gente relacionada con milagros ni quería delatar a su primo Abel, quien meses atrás había logrado incendiar la sede del Palacio Nacional por cuarta vez en lo que llevaba del año. Nada de eso le importaba. Su única preocupación era Urbino Sierra, conocido como «Tupak», un joven peruano con cuello de alpaca practicante de magia negra, quien semanas antes le había propuesto algo un poco tonto para que ella se tragara semejante cuento: un tónico capaz de borrar la sombra y la memoria de toda persona que probara tan sólo una gota. No pudo contener la seriedad que la caracterizaba y soltó tremenda carcajada que hizo voltear a las pocas parejas que bebían cerveza barata en pleno Viernes Santo. ¡Semejante tontería en pleno siglo XXI!

Lo había conocido en la cantina «El mexicano». Era un hombre moreno, alto, con el semblante marcado por la soledad. Llevaba siempre en el pecho la imagen de Pacha Mama, madre inmaculada que lo protegía de los deseos mundanos. Claro que manejaba esta creencia a su antojo. Fue el joven brujo el primero en acercarse aquella noche después de los cinco mezcales que se le habían subido al rostro. Le platicó que la receta fue heredada de generación

en generación por más de quinientos años, pero a falta de dinero estaba dispuesto a venderla a quien le ofreciera más.

A pesar de su escepticismo, veía en los ojos de «Tupak» la mirada de un hombre que dice la verdad y está dispuesto a morir por ella, ya sea por honor o por menoscabo a su reputación. Quizá fue eso lo que la atrapó y sin desearlo sentir la necesidad de ayudar de alguna forma. Más tarde se arrepentiría de ese vago pensamiento.

Pero el motivo de la llamada surgió esa misma mañana tras encender la televisión. Las noticias habían reportado la desaparición de Joaquín Aldaña, senador del Partido Intelectual del Sur junto con su chofer Antonio Lubren. Habían encontrado la camioneta donde viajaban rumbo a Valquirias en el kilómetro nueve la tarde del día anterior. Sólo encontraron a Lubren, quien no recordaba nada y miraba fijamente a su entrevistador con una risa de bobo, aunque sus ojos sólo reflejaban vacío. Era una verdadera lástima mirarlo. Pero lo más impresionante que notó Hortensia antes de apagar la televisión fue que la cámara captó por un instante la figura de Lubren a mitad de la carretera sin que de él se desprendiera alguna sombra.

—¡Un hombre sin sombra ni memoria! ¿Qué clase de crimen es ese? ¡Un vegetal de dos metros sin capacidad de contradecir, pensar, cuantificar! ¿Será la única víctima? ¿Acaso se trata de una broma de la televisión? ¿Pero cómo explicar la ausencia de su sombra? ¡El mundo está tan retorcido que ha sobrepasado los límites de lo intangible!

Interrumpió su monólogo por unos minutos sólo para desvestirse y tomar un baño. Saldría en busca de «Tupak».

Caminó sin detenerse hasta el bar donde lo conoció, preguntando al dueño sin obtener respuestas satisfactorias. Ambuló por el Mercado del Niño y el tianguis del Nigromante, que eran los lugares frecuentados por Urbino y sin esperanza alguna se resignó a caminar sin rumbo. No lejos de ahí encontró la casita de mamá Asunción, vidente experta quien afirmaba que su éxito se debía a la aplicación de la física cuántica y a la experiencia de más de 40 años en Huautla de Jiménez. Entró con suspicacia y tomó asiento en la salita de espera mientras le ofrecían una taza de té blanco. Ahí le dijeron que Urbino había salido de la ciudad rumbo a la Costa Negra. Pero esta noticia no fue dada gracias a los poderes de la vieja. Mamá Asunción era la tía del joven brujo. Hortensia regresó a su departamento, tomó las llaves de su sedán y salió con rumbo a la costa.

Manejó toda la noche con las luces apagadas, sintiendo que el ruido de las olas se le metía por los oídos en una marejada que sacudía su cabeza y ahogaba todo pensamiento y raciocinio.

Sintonizó la radio en el momento justo de iniciar el programa especial de medianoche. La voz misteriosa del locutor parecía esperarla. El tema: «Relatos nocturnos de la ayahuasca». Hortensia escuchaba divertida con un cigarrillo en la mano.

Llegó muy de mañana a la costa. El sol todavía no se levantaba y tres pescadores ya salían de su cabaña rumbo a una jornada agotadora. Se detuvo cerca de la playa para ver el amanecer, pues no había pegado los ojos toda la noche y sentía que el sueño la mecía. Tomó el último cigarro y al tratar de coger un cerillo alcanzó a divisar una silueta alta y delgada recargada en una palmera. Corrió tras él, pero

a mitad de camino se desvaneció. Quedó perpleja por unos minutos buscando una buena explicación de lo sucedido, atribuyendo finalmente todo a la falta de descanso.

Tomó asiento en la arena para mirar a la gente que iba y venía. En cada hombre que pasaba veía la cara del brujo. Sintió desfallecer y decidió buscar ayuda. Se dirigió al hostal cercano a la carretera, llamó y en seguida salió el dueño. Quedó sorprendida al ver que se trataba nada más y nada menos que de «Tupak».

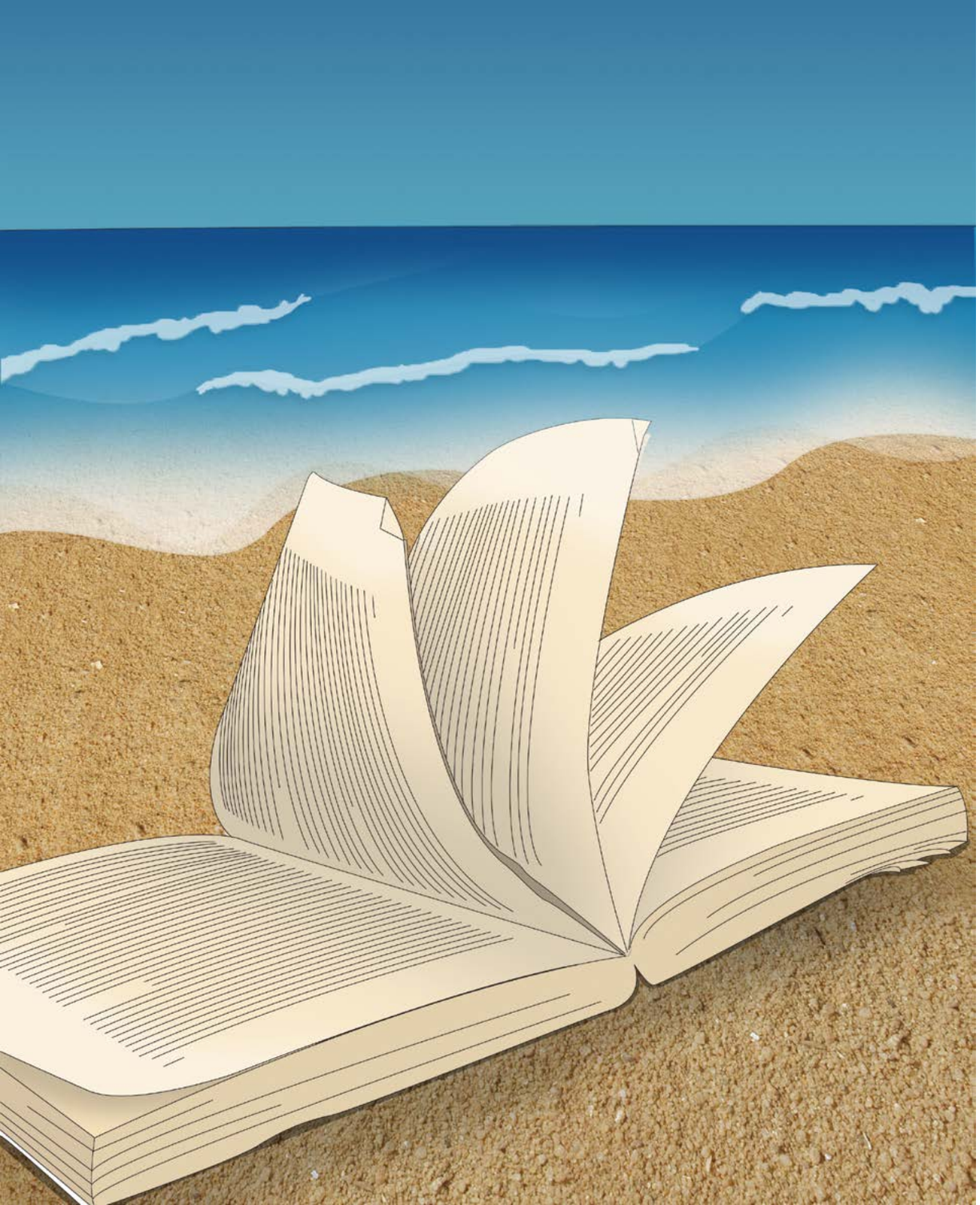
—Vi las noticias y pensé en ti, dime ¿por qué lo hiciste?

—Yo no lo hice. Desafortunadamente vendí la receta a manos equivocadas sin saberlo, pero todos metemos la pata y esos errores nos salen caros ¿Qué puedo hacer? ¿Denunciarlos a la policía? ¿Quién va a creer semejante historia? Dirán que es un disparate. Además el comprador es dueño de los viñedos del norte del país y si intento recuperarla me matan a tiros. Estoy fregado.

No sólo él estaba fregado. Meses después la producción de vino en el país creció de manera sorprendente. La televisión promovía el consumo de vino y en la radio alababan las ventajas de beber al menos una copa al día. Familias enteras abarrotaban las tiendas comprando cajas y cajas de vino nacional y chocaban sus vasos unos con otros, brindando sin saber el motivo.

Hortensia recordó su risa incrédula el día en que «Tupak» le había hecho la propuesta. Caminó hacia su recámara, se tendió boca arriba mirando el mismo punto en el techo hasta que se quedó dormida.

Afuera la gente miraba el atardecer sonriendo para siempre sin preocuparse de que la noche fuera a mezclarse con su sombra.



INSTANTÁNEAS DE SEPTIEMBRE

Carlos Alfonso Escorza Iglesias
«Eliuna»

La felicidad tenía que ser otra cosa, algo quizá más triste que esta paz y este placer, un aire como de unicornio o isla, una caída interminable en la inmovilidad.

Julio Cortázar

Siempre lo supimos. Incluso hoy en este mismo ascensor. Lo sabíamos desde que tus ojos verdes desviaron la mirada hacia el techo de aquel elevador, absorta en aquella vaguedad de tus pensamientos. Nunca hablamos, sólo dejamos que fluyera el tiempo vertiendo palabras sin sentido en nuestras vidas. La cotidianeidad de la vida nos arrasó. Pero eso no importa ahora. Sabes que no fue eso, ni el

color de tu cabello después de las pascuas del año pasado o mis horas perdidas en la computadora, tratando de escribir una oración emotiva para una novela que nunca pienso que alguna vez retome. Lo sabíamos desde siempre.

Nunca terminé de comprender si en aquel momento tu sonrisa era parte de una complicidad nuestra, como una intuición de dos desconocidos cargando una maleta en un país extraño, observando nuestros rostros mil veces repetidos en aquel elevador que yo tanto detestaba, repleto de espejos opacos y rotos, o si sólo era el gesto inconsciente como aquel beso tuyo que dejaste marcado toda la Navidad en mis labios.

Era septiembre nuestro mes favorito, aunque ambos sabíamos el curso que tomaría ese mes siempre, pero nunca nuestras almas perdieron la esperanza de volver cada septiembre a esa ciudad, a aquel hotel, a aquel ascensor. Solíamos ir a la costa en septiembre. Tendida en la arena esperabas no broncearte demasiado; de hecho casi siempre dormías con la espalda al sol, con el sostén siempre desabrochado mientras yo observaba de vez en cuando el mar bañando tus pies desnudos. Porque te confieso, nunca me gustó ir a la playa. Pero creo que siempre lo supimos. Mas me gustaba disimular mi alegría tendido en una silla con un libro en mi mano derecha y una cerveza amargándose bajo el sol a mi costado y los lentes resbalando por mi nariz que no cesaba de sudar, aún en la sombra. Sí, me gustaba hacerlo. Disimular. Nunca supe por qué seguías contándome con tanta efusividad recuerdos de tu infancia en la playa, cuando bien sabías de mi poca paciencia, que odiaba tanto asolearme en la

arena como verte casi desnuda preparando el desayuno para ambos. Aquel viaje no cambió nada. O quizás sí. Pero ya sabíamos el rumbo que tomaría la situación el resto del año. El resto de nuestras vidas. Sabíamos que en Navidad estaríamos cada quien en su casa. Pero éramos muy jóvenes.

Y aún así, me emocionaba sinceramente cuando mencionabas que querías ir a la playa, tal viernes saliendo de la universidad, porque adoraba contemplarte en el camino a la playa, con tus ojos verdes casi cerrados por el brillante sol del atardecer en Madrid, cambiando de posición cada cinco minutos porque nunca te encontrabas confortable en el asiento de mi coche. Me ilusionaba porque sabía que eras toda tú mía el fin entero, porque me derretía cuando me besabas tiernamente el cuello mientras leía aquel libro viejo de Borges que me prestaste en tu cumpleaños, aquél que nunca he vuelto a encontrar entre las cajas arrumbadas en el desván después de aquel año en Estocolmo. Creo que Laura lo tiró algún día viendo que estaba totalmente deshojado porque siempre terminaba tirado en la playa, porque nunca pude resistirme a tus finos labios en mi piel y volteaba a verte y tomaba tus manos y te atraía hacia mí, para que los dos nos fundiéramos en la silla deslizando mis manos lentamente por tus espalda tibia por el sol, nuestros labios en labor incesante, tus pies debajo de mis muslos… Siempre lo supimos.

Cinco minutos después tu cabeza humedecía mi pecho, mis manos despeinaban una y otra vez tu rizado cabello y tú contemplabas a lo lejos las rocas del faro, fascinada por el color rosado que tomaban en el crepúsculo, susurrándome tantas cosas lentamente a

las que no prestaba mucha atención. Pero recuerdo a detalle todo lo que dijiste en mi cumpleaños. No recuerdo si siempre susurrabas con débil voz varios te amo en mi oído, pero esa noche lo hiciste. Mientras yo apoyaba mi mentón sobre tu cabello, empezaste a discutir aleatoriamente sobre tantos temas tan diversos: tu sermón efusivo de tres minutos sobre el feminismo en España, la tristeza de tu hermana por el cachorro que habían comprado dos meses antes y ahora estaba muerto, tus planes para salir a correr los fines de semana de octubre a la colina que veíamos desde el balcón del departamento; la caótica relación de Horacio y Hélene, la belleza única de los atardeceres en San Sebastián, …«Un te amo es para siempre. Lo sabemos». Como un golpe inesperado, mi cabeza estalló con tus últimas palabras.

No lo sé aún, mi mente se vació de melancolía. Me encontraba tan lejos de ti, entre recuerdos de personas y lugares tan ajenos a nosotros. Lejos de ti, indefenso frente a esa marea intempestiva, la vorágine de nuestra soledad. Nunca te escuché decir una palabra sobre nuestra relación tan cargada de tristeza. Melancolía. «Un te amo es para siempre, lo sabemos». Luego el silencio nos arrastró a los dos por más de una hora. Aquella frase no terminaba de resonar con su estruendoso eco en mi cabeza. Supongo que también lo pensaste hacer, pero nadie quiso reprocharse nada. Lo habías dicho todo ya, las palabras ahora sobraban y ese silencio incómodo entre nuestros cuerpos cobijándose el uno al otro nos dio la razón.

Y sin embargo, seguimos apostando al mismo número. Quisimos borrar de nuestra relación ese sepulcral silencio. Te invité al

siguiente día a tomar un café, pero no quisiste ir. Tú, en cambio, me convenciste de viajar a Francia y recostarnos sobre las piedras en Étretat la siguiente semana. Afirmé casi instintivamente. Ambos seguíamos en clases, pero a ninguno pareció importarle. Sólo sería una semana.

Usabas aquellos aretes de plata con los que te conocí. Tus ojos un poco ojerosos por tu última entrega en la escuela, tenían el mismo dejo nostálgico del que me enamoré instantáneamente en el elevador. Esos ojos verdes que mirarían desconsoladamente a la pared gris de aquella última habitación donde haríamos el amor. Y tu sonrisa, siempre un poco forzada, asomándose entre tus delgados labios rosados tímidamente, como en nuestras primeras citas cuando te saludaba e inmóviles quedábamos unos segundos como intentando que nuestras miradas dijeran todo… Tus mallones negros, esa blusa blanca holgada, como era la moda en ese entonces, dejando al descubierto tu blanco hombro, tu cabello castaño suelto y húmedo aún que se iría enmarañando con el viento que entraría por la ventanilla del automóvil. Tus manos nerviosas jugando con el bolso negro de piel que compraste en aquel bazar que encontramos perdidos en las calles de Sevilla. Estabas tan linda. Pero ni tu belleza podría cambiar ya las cosas. Para cuando te vi sentada en el porche de casa de tus padres, mirando las placas del Seat rojo que compré hace dos años, ambos ya lo sabíamos.

Nunca tuvimos sexo en ese viaje. Pero todas las noches quedábamos horas en la cama mirándonos tan profundamente como si leyéramos en el otro nuestros propios pensamientos; o quizás

desmadejando en nuestros apesadumbrados rostros nuestro funesto hado. Tan inefable era aquel momento como aquel primer instante en el elevador. Quizás todo lo humano sea tan caduco como la propia vida, aunque la rueda siga girando, ignorándonos por completo, como el tiempo lo hizo con nuestros cuerpos aquellas noches, ignorante de nuestra muda incertidumbre. Dos jóvenes perdidos en el ensueño de sus labios, esperanzados a que el brazo del uno pudiese cobijar al otro más allá de esas lluviosas mañanas, ahogando la angustia que adivinaban en sus miradas, a la eterna espera que las palabras correctas fueran susurradas en la oscuridad para desdibujar la pendiente anunciada del fin del camino.

Pero nunca lo dijimos. Ya lo sabíamos para cuando la primera nieve comenzó a caer el último día en las costas bretonas. No había vuelta a casa para ti. Tampoco para mí. Para ambos. Me pediste que te llevara a Toulouse, que te quedarías unos días con unos tíos. Por mi parte, pasaría más de una semana sin regresar a Madrid. La ciudad completamente nevada, vacía de madrugada. Sin vida.

El elevador abrió sus puertas al lobby del hotel, pero ninguno de los dos salió; otro minuto desolador de silencio nos distanciaba por enésima vez. Por última vez. Un beso en la mejilla y te fuiste de prisa con una lágrima en tu cara. Sólo una vez más yo te vería entre paredes blancas un 17 de septiembre. Tú ya no lo harías.



¿QUIÉN ESTÁ DETRÁS DEL ESPEJO?

Lorena Gutiérrez Olvera
«Amane»

Se miró una vez en el espejo, estaba vestido con un traje, el corte del saco lo favorecía mucho, pues hacía que se viera más corpulento de lo que realmente era, el color gris del traje le daba un toque de luz en su cara, el chaleco color vino claro hacía resaltar el color café claro de sus ojos, y la corbata ancha le daba un toque de sensualidad a sus labios. Nunca pensó que llegaría tan rápido este día, se observaba profundamente y detenidamente en el espejo; veía su cara, sus brazos, sus piernas, su cara, pero había algo, algo no estaba bien. De pronto sintió un escalofrío que lo recorrió de pies a cabeza, se descubrió ajeno a él, no se conocía, estaba frente al reflejo de un desconocido, lo único que podía reconocer como suyo eran esos dos grandes y atentos ojos, pero ¿qué escondían sus ojos? Era un misterio que sólo él sabía, aunque nunca lo había terminado de aceptar.

La sensación seguía presente en la habitación, se sentó en el filo de su cama, se miró las manos y llevándolas a su cara se hundió en sus pensamientos: «quisiera salir corriendo de aquí y escapar de todo, no necesito nada, lo puedo hacer, si ahora salgo nadie me verá, puedo irme a vivir a Chiapas, siempre me ha gustado Chiapas, sólo un tiempo, dos años tal vez, mientras pasa todo el revuelo de mi partida», sintió un torbellino en su estómago, tomó aire y dejó pasar de nuevo el escalofrío por su cuerpo, se secó el sudor de la frente y suspirando pensó: «no me puedo engañar… no lo voy a hacer, siempre he hecho lo que esperan de mí, no puedo decepcionarlos», las ganas de llorar eran cada vez difíciles de controlar.

Era cierto, nunca había decepcionado a las personas de su alrededor, se tituló con honores de ingeniería civil y había formado una exitosa carrera en muy poco tiempo, era lo único que le gustaba de su vida, realmente disfrutaba su trabajo, crear grandes construcciones con una estabilidad que las podría llevar a existir por siglos; un hijo ejemplar, nunca estuvo involucrado en algún problema o con notas bajas.

Su mamá tocó la puerta, el sonido de la puerta llegó hasta sus entrañas y con salto por el susto abandonó sus pensamientos y abrió la puerta, ahí estaba su madre al borde de las lágrimas, esa mujer que le representaba un verdadero conflicto en sus emociones, la adoraba pero también la repudiaba y le guardaba tantos resentimientos por todos los sinsabores de su vida. Su madre le dio un fuerte abrazo y le dijo: es hora.

Valentín, quien nunca le hizo honor a su nombre, pues careció de todo valor para luchar por sí mismo, bajó las escaleras lentamente, a cada paso le era más difícil respirar, las piernas le temblaban y estaba empapado en un sudor frío, subió a su carro y se aferró a manejar, a pesar de que su padre quería hacerlo. Su padre y su madre se subieron en la parte de atrás, lo cual agradeció él porque así sentía que iba solo, prendió la radio y se encontró con un juego más del destino. Comenzaba esa canción, el vacío en el estómago de nuevo se hizo presente, las lágrimas salieron, las manos le temblaban, todo su ser estaba lleno de una tristeza inimaginable, su mente voló a aquel momento cuando estaban juntos, la canción estaba de fondo, se tomaron de las manos y sintió cómo su corazón saldría de su pecho, una felicidad lo inundó, se sabía correspondido, se acercó hasta sentir el roce de sus labios y el beso fluyó, un beso de verdadero amor. El claxon del carro de atrás lo trajo de nuevo a la realidad, puso su mente en blanco y continuó su camino.

Llegó a la iglesia, aún no llegaba Carla, de inmediato sus amigos se acercaron, sus fieles amigos que, aunque no tenían la certeza, se daban una idea de que se estaba equivocando, una y otra vez trataron de hacerle ver que tal vez no era lo correcto, pero Valentín nunca los oyó.

Lentamente se acercó Luis, sólo él sabía lo que tanto ocultaba Valentín, le dio un abrazo y unas palmadas en la espalda, al tiempo que le preguntaba, si estaba listo, porque aún podía correr. Valentín, consternado, pero feliz por la presencia de Luis, le dio las gracias por

estar presente, estaba seguro de que no se presentaría. Pero ¿cómo no lo haría? si era su mejor amigo desde la preparatoria.

El semblante de Valentín había cambiado, parecía seguro y hasta feliz, sin embargo, era sólo una imagen, como todo en él, una máscara que ocultaba la realidad, pero sus ojos lo traicionaban, tenía mirada de animal amenazado, lastimado e incapaz de protegerse solo.

Entraron a la iglesia y poco después llegó Carla, se veía muy guapa. Carla fue su mejor amiga en la universidad, y cuando le confesó su amor por él, Valentín le correspondió, no porque sintiera lo mismo, sino que necesitaba presentarles una novia a sus padres. Aunque fueron muchos años de novios, ya no pudo detener la situación y ahora estaba a punto de casarse con alguien a quien adoraba, amaba y deseaba proteger, pero no como una pareja, sino como una hermana.

Mientras la veía entrar en la iglesia con su vestido blanco, se preguntaba qué hubiera pasado si hubiera dicho la verdad…

Luis no era sólo su mejor amigo, era su confidente, la única persona que lo entendía y conocía, además su verdadero amor, llevaban una relación secreta, incluso cuando era novio de Carla; pero la boda fue la gota que derramó el vaso, Luis terminó la relación cuando anunciaron la boda. Desde entonces había comenzado el infierno, la desesperación, el vacío, la soledad en las noches sin fin, ahogadas en lágrimas y frustración, coraje por ser diferente y más por no ser valiente, sería mejor estar muerto o nunca haber nacido, era un verdadero tormento y más por las insoportables preguntas de su madre y Carla, que lo creían enfermo y así era, tenía la peor

enfermedad, el amor. Se inventó mil y un pretextos para justificar su mal humor, su falta de hambre, sus lágrimas y su extremado desinterés por la boda, hasta llegó a decir que eran los nervios por ésta.

La boda comenzó, él no paraba de temblar y de sudar, los escalofríos eran insoportables, tenía ganas de volver el estómago, quería llorar, correr hasta morir, su mente no paraba de pensar, no podía concentrarse. El momento de decir acepto llegó, temeroso volteó a ver a Luis, quien estaba al borde del colapso nervioso, su mirada era una súplica a que dijera que no, sus ojos estaban llenos de lágrimas que rodaban por sus mejillas, Valentín deseaba ir y secarlas, pero no tenía el valor, no podía decepcionar a tantas personas, no podía manchar su reputación y su imagen social, volvió la mirada a Carla que estaba nerviosa porque él no contestaba, Valentín la miró a los ojos, se perdió en el brillo deslumbrante de su mirada, y forzando su garganta a superar el nudo que tenía, y con su voz quebrándose dijo: sí, acepto.

Escuchó el murmureo en la banca de sus amigos y los pasos de alguien que salía de la iglesia, no se atrevió a volver la vista. Aunque se sentía mal, sabía que lo peor había pasado y podría acostumbrarse a la nostalgia y el arrepentimiento. Sabía que era Luis quien se marchaba y también sabía que si lo veía partir sería inevitable detenerlo y más inevitable llorar por su partida, estaba consciente que no sólo se marchaba de la iglesia sino de su vida, que tal vez nunca más lo vería y si el destino le daba el favor de volverlo a ver, sería en mucho tiempo y lo encontraría amando a otra persona digna de él, otra persona que ocuparía el lugar que él había abandonado.

Las lágrimas rodaron en sus mejillas y el vacío del estómago llegó hasta el corazón, en su mente revivía todos los momentos felices con él, todas la risas y se atormentaba por haber peleado por tantas tonterías, los suspiros salían de él uno tras otro, le dolía el corazón, y el alma. Carla lo volteó a ver y como si estuviera escrito en la cara de Valentín, descubrió todo, su mirada era la misma de cuando veía a un animal herido, Valentín se supo descubierto, sin embargo, Carla dijo: acepto, también.

La boda terminó, la mentira seguía, eran marido y mujer, un matrimonio perfectamente falso, pero con un destino prometedor hasta el fin de sus días, lleno de infidelidades, pero fieles a los secretos que ninguno de los dos conocían, pero sabían que existían. Serían felices superficialmente ignorando al amor, viviendo sin él, pero con la estabilidad de un hogar perfectamente imperfecto.

Antonio se acercó y le entregó a Valentín un sobre, el corazón le dio un vuelco y la sonrisa volvió a su rostro, había esperanza, existía la posibilidad, abrió rápidamente el sobre sin importarle que sus padres no perdían detalle de la situación, el brillo en sus ojos era tan ingenuo, tan limpio, tan hermoso, que no había duda, era producto del amor, el sobre tenía un boleto con destino a Holanda, en él estaba escrito: «Es la última oportunidad que te da el destino, ¿puedes vivir sin amor una vez que lo has conocido?» Luis.



LA GOLONDRINA

José Pablo Jiménez Cortés
«Darkadia»

Hoy vienen pensamientos a ocupar mi mente ¿Cómo podría ser que pudiera verte de nuevo? ¿Llegará acaso ese día? ¿Tendré noticias tuyas pronto? Entre tantas otras preguntas surgen éstas que retumban, inclusive en ilusiones, en los sueños que entran por la ventana, despertándome con la sensación de haber recibido una llamada tuya y haber escuchado nuevamente tu voz. Yo haciéndote reír, viendo tu rostro con esa sonrisa que inspira amor hacia ti, sin embargo, la realidad no es así, desconozco de ti hace tiempo.

A veces quisiera lanzarme en una búsqueda, encontrarte y decirte: aquí he estado para ti, no desde las sombras, amándote más bien desde la claridad del amanecer, desde el encanto de la lluvia, en lo alto de los cielos y las montañas, en el viento que te acaricia en la puesta de sol, desde aquellos detalles que sé que te llenan de alegría.

No puedo evitar sentir cierta melancolía al caminar en este nublado día, a través del parque y sus árboles, percibiendo como si hubiera antes estado allí platicando contigo, lo curioso es que te conozco de relativamente poco y no sé por qué parece que años son los que hemos compartido.

Finalmente, llegada la noche derivan las conclusiones a una sola, después de mucho pensar, y es que no he de decirte de ninguna manera más de este amor, ni he de buscarte. Sé libre, extiende tus alas golondrina, te regalaré un poema y el silencio de mi memoria, como yacen los misterios del universo en el todo de la realidad que nos rodea. Porque al amarte no puedo encerrarte en la jaula que implica, ya que nunca jamás vería tu vuelo bajo el sol, como la primera vez que te vi y ambos sonreímos.

Lejos estás, pero desde aquí te regalo un suspiro, seguiré con mi vida. De vez en cuando te recordaré y vendrán a la imaginación los momentos que juntos pasamos, eventualmente se disolverá esta tristeza con la llegada de la primavera, sonreiré llevándote implícitamente y tantos buenos recuerdos que finalmente me conducirán a una nueva ilusión, tal vez a finalmente enamorarme de una mujer valiente que se quede a enfrentar los misterios de esta vida, cuyo espíritu sea como el embravecido caudal de un río. En fin, dulces sueños luna sobre el espejo del mar.



EL ÁNGEL QUE ME ADVIRTIÓ

Ariel Bolívar Ramírez Hernández
«El ángel que advierte»

Y entonces, cerré los ojos.

Cuando los abrí ya era de día y todo sin excepción pasaba deprisa. Sin darme cuenta del corto viaje, llegaba a la escuela.

Caminaba junto a mí, un joven alto con barba, parecía un amargado, pero le tenía que preguntar a alguien lo que mi mente se cuestionaba. Le toqué el hombro y no se detuvo, pareciese que no lo hubiese tocado. Le dije: «disculpa», forzó sus músculos como si no pudiese voltear a verme, giró un poco su cabeza (parecía cansado y su mente estaba ocupada). Me miró y parecía molesto de que lo detuviera. Sin decir palabra alguna me hizo un gesto con sus manos en una señal de pregunta (que si se pudiese describir sería algo así como un «qué quieres»).

«Seré breve», le dije. «Sólo quiero preguntarte algo», detuvo su andar, las personas que caminaban junto a nosotros desaparecían, avanzaban.

Le pregunté al personaje algunas cosas, me contestó y se fue.

Cuando me dejó ahí parado, lleno de escabrosas respuestas, mis pulsos vitales aumentaban, mi piel ya no sentía más, sólo un frío fúnebre quedó. El irreparable miedo era penetrante y la mañana que empezó hace poco se volvía oscuridad. Veía morir mis ilusiones mientras caminaba de vuelta a casa.

Estaba por fin en casa, toqué la puerta. Mi madre asustada me miró al abrir la puerta. Me preguntó qué hacía ahí de vuelta. Le tomé la mano y le dije: «siéntate».

Ella palidecía mientras tomaba asiento, me dijo que la estaba asustando.

Una vez sentados, le conté lo que había pasado.

Con una voz de madre me dijo: «Te lo dije, en esa escuela están locos».

Irremediablemente, volvería a estudiar, pero en otro lado, *en un lugar para personas normales, un lugar a donde los estudiantes vayan felices, sin preocupaciones, descansados*, pensé. Decidí olvidar el tema, me propuse entrar a otra escuela.

Así, había pasado casi un año. Mis padres celebraban con júbilo mi hazaña. Había conseguido entrar a la escuela en la que la mayoría de mis amigos estaba. Mi padre tomaba a mi madre por la cintura y lloraban de felicidad. Se sentían orgullosos de que su hija,

yo, sería una digna profesionista. Dejé a mis padres ahí, en la sala, y fui a mi cuarto para guardar mi carta de aceptación, cual tesoro precioso.

Cuando llegué a mi habitación, cuando abrí el cajón del escritorio, se asomó una carta de aspecto parecido a la que yo estaba por guardar. Leí el contenido y recordé de nuevo el miedo que me recorrió aquel día.

Mientras tenía en mis manos la antigua carta de aceptación, recordé mi plática con aquel mal encarado sujeto que me advirtió de cosas que había intentado olvidar; cosas horribles, sin sentido. Y me pregunté por última vez en mi vida, lo que ese día no comprendí.

¿Cómo es posible que en ese lugar los números dejen de ser números para ser funciones?

¿Cómo puede haber un lugar donde uno de los maestros sea llamado «El matador»?

¿Un lugar donde los profesores no eran personas, sino barcos o transatlánticos, o Dioses, o artículos del hogar como riatas, o artículos para matar como pistolas?

¿Un lugar donde el que vende la comida es un roedor que se hace llamar «Don Rata»?

¿Un lugar en donde a las mujeres guapas se nos gritan peladeces y se nos chifla?

Y aún peor: ¿Un lugar donde te dejan tanta tarea que no puedes seguir tu vida igual que antes, o series larguísimas que hay que resolver simplemente para tener derecho a presentar un examen? ¿Un lugar donde los maestros no toman valor a la asistencia o a un cuaderno

bien ordenado y con colores? Aparte de todo, ahí tendría que preferir estudiar antes que ir a fiestas o dormir en vez de desvelarme en Facebook.

¿Acaso habrá quienes disfruten esa horrenda vida, gente tan masoquista?

Todo eso pensaba, mientras mis manos despedazaban la carta que me aceptaba al infierno del que todos temen desde que se va en primaria, las matemáticas, la física y la nula vida social que me esperaba.

Por otro lado, atesoré en mis manos la nueva carta que renovaba mis sueños e ilusiones.

Esperé ansiosa, y los días pasaban. Estaba ya en la noche anterior al nuevo gran día, iría por fin a una carrera para humanos, gente normal.

Y entonces… cerré los ojos.

Cuando los abrí, ya era de día y todo sin excepción pasaba deprisa. Sin darme cuenta del corto viaje, llegaba a la escuela.

En los primeros pasos dentro de mi nueva escuela vi un cartel gigante que decía:

«*Bienvenidos Generación 2015, Atentamente: La Facultad de Contaduría y Administración*».



ASÍ LA VIDA

Alejandro Rivero Borrell Altamirano
«PaQorito»

El sonido de las manecillas retumbaba en la habitación y como un eco hueco llegaban a mis oídos los pocos coches pasando bajo la ventana. Había sido un domingo cansado, como muchos, pero que por fin había terminado. La casa limpia, las compras de la semana hechas, toda la ropa lavada y doblada, la mochila hecha también. No podía pedir más, todo listo para empezar el ciclo de nuevo, para regresar a la monotonía diaria de la semana. El niño a la escuela, tomar el metro, llegar a la oficina, regresar por el niño, darle de comer, ayudar con su tarea, llevarlo a sus clases, llamar a clientes, regresar a casa, bañarlo, arroparlo, mandarlo a dormir, trabajar aún más y caer dormido en el sillón. Día tras día el mismo ciclo, la misma rutina y la misma historia del oficinista clase-mediero.

Pero hoy, hoy ya ha terminado. Las manecillas marcaban las 11:24, el susurro del motor del refrigerador era ya mi única compañía y los treinta y seis minutos restantes del día, míos. Dejándome caer en el mullido reposet blanco de la sala, último recuerdo de mejores tiempos, levanto las piernas y la tensión en mi espalda y piernas aminora casi inmediatamente. Cubro con la cobija de lana mis piernas y sostengo en mi mano uno de los varios libros olvidados de la repisa, quito de la cubierta la delgada capa de polvo con mis dedos y encuentro un viejo amigo en el separador de la hoja 206, justo donde hace ya casi dos meses había dejado pendiente mi lectura. Novela de un emergente autor español, había probado ser más intrigante y emocionante de lo que esperaba cuando me lo prestó la vecina del 201.

Simpática mujer unos años menor que yo, pretendida por muchos debido a su mirada del azul más puro que existe. —Debo comprarle algo mañana— me ordené al recordar cuánto tiempo llevaba sin regresarle el libro que me había confiado y a su vez por todas las atenciones que había tenido conmigo y el niño en los últimos años. Recordé con una inconsciente sonrisa el momento en que la conocí, al más puro estilo de cliché hollywoodense, su perro escapaba por las escaleras y lo detuve antes de que saliera a la calle, y de ahí que la amistad surgió. Algunos días hacía de niñera y desde que expresé mi gusto por la lectura me regalaba un tomo de los mejores libros que llegaban a la librería donde trabajaba. Con una sonrisa aún en mi cara, encontré la posición exacta de comodidad, regresé unas hojas al libro para retomar el hilo de la historia.

Es en este momento que llega a mí el funesto sonido. Acompañando al repiqueteo del reloj de pared, el susurro del refrigerador y el eco de los automóviles, se une uno más. Creciendo en intensidad, golpes arrítmicos resuenan por el pasillo.

Tambores, tambores en lo profundo anunciando la perdición; es lo primero que llega a mi mente. Mi corazón acelera su ritmo y salta en mi pecho, intentando escapar, pero no hay a dónde. Un temblor frío recorre mi espalda e ignorando las capas de ropa encima vuelve mi piel de gallina. Se acerca, ya está por llegar, ya no distingo entre mi palpitar y los tambores, la sombra es ya visible en el suelo, no hay escondite. La sombra pasó a ser una silueta y ahora una criatura real, un espectro de pesadilla estático en el marco de la puerta. Intento convencerme de que es un sueño, pero bien sé que lo que es, es un presagio de mala fortuna.

Sólo cuatro palabras formulan la interrogante y logran salir de mi boca casi tartamuda temiendo ya lo peor: —¿Qué pasó?, ¿qué necesitas?—. Una única respuesta, inocente por más, es la respuesta que obtengo. —Olvidé decirte, necesito llevar mañana una cartulina blanca y una monografía de la Independencia—. Al instante de pronunciar su sentencia, el espectro da media vuelta y satisfecho regresa a su sueño onírico en compañía de su conejo de peluche y deja atrás a un padre atónito, indefenso, descorazonado e incrédulo aun, de la destrucción de su paz que tan pequeño ser era capaz de realizar.



AÚN RECUERDO CUANDO LO CONOCÍ

Samuel Gamaliel Rosas Gallardo
«Sam Rosas»

Aún recuerdo cuando lo conocí. Lloraba de una forma hermosa. ¿Y cómo no habría de hacerlo? Era la primera vez que veía este mundo. Recuerdo muy bien cómo lo tomaron y lo colocaron en esa toalla para limpiarlo. Aún surge una lágrima en mí al recordar cómo lo cargó por primera vez su madre. Esa forma en que le besaba la frente y le decía: «Al fin estás con nosotros. No sabes cuánto te esperábamos».

Aún recuerdo cuando empezó a caminar. Se tambaleaba con cada paso que daba. Era maravilloso ver esa cara que tenía al levantarse del suelo riendo cada vez que caía. ¡Cómo admiraba esa determinación y alegría! Era fascinante verle andar de un lado a otro de la casa. Jamás se cansaba de explorar. Recuerdo cómo se escabulló debajo de una cama y tomó aquel libro de poemas de Pablo Neruda.

Él no tenía idea de lo que era. Sólo lo tomó con mucha intriga y después lo dejó caer al suelo. A esa edad no había mejor prosa que su risa.

Aún recuerdo su primera palabra. Solía emanar sonidos extraños. Siempre se expresaba, de alguna manera, con el jadeo de sus manos. Solía señalar la luna cuando se acercaba a la ventana. Reía cuando señalaba la luz que daban los focos de la sala. Le gustaba sentarse en el sillón con su madre mientras le mostraba fotografías. Él, muy atento, escuchaba la historia que tenía cada una de ellas. Después intentaba arrancarlas del cuaderno. Pero esa tarde soleada fue diferente. Llegó de manera inesperada a irrumpir la cocina para pronunciar: «mamá». Su madre lloró toda la noche mientras relataba cómo había ocurrido.

Aún recuerdo su reacción del primer día de clases en la primaria. En esa época soñaba con ser paleontólogo. Le fascinaban los dinosaurios desde que era muy pequeño. Llegó a su salón de clases irradiando alegría. En aquella ocasión su profesora hizo una pregunta al grupo que le marcaría de por vida. «¿Y ustedes, qué desean ser de grandes?». Todos respondieron las profesiones de sus padres, sus madres o la utópica labor de ser astronauta. Extrañamente él no respondió que quería ser paleontólogo, respondió que quería ser feliz.

Aún recuerdo la primera vez que le rompieron el corazón. Lloró desolado en su cuarto abrazando una almohada. Leía en voz alta uno de los poemas que le había escrito a esa chica que le gustaba.

Permíteme llamarte «mi Julieta»,
pues moriría en llanto al no verte.

Tal parece que ningún poeta
puede describirte al quererte.
Permíteme regalarte la luna
y enseñarte su resplandor.
Me pierdo en ti, no cabe duda.
¿Puedes enseñarme lo que es el amor?

Así pasó toda la noche, entre poemas y sentimientos moribundos. Así pasó las siguientes semanas, perdido en el rechazo.

Aún recuerdo su martirio al elegir la carrera. Adoraba la literatura con todo su ser, pero tenía mucho miedo de que al estudiarla perdiera ese amor que le tenía. Aborrecía tener que elegir su futuro, a pesar de que siempre pasaba mucho tiempo pensando en ello. De manera precipitada eligió estudiar Ingeniería Civil. Le intrigaba lo alto que podía llegar a ser un edificio. Siempre soñó con llegar a tocar las nubes con sus dedos. Recuerdo que no le fue sencillo al principio. Extrañaba demasiado la libertad de la escuela preparatoria. Extrañaba ver a sus amigos entre los pasillos todo el tiempo. Extrañaba tener que pensar a futuro en lugar de empezar a forjar el mismo. Todos forjamos nuestro futuro desde que nacemos, pero él creía que desde ese momento tendría que conformarse con vivir atrapado en el presente. Cayó muchísimas veces. Pensó en dejar la carrera a medias en varias ocasiones. Su ánimo estaba por los suelos. Empezó a atrasarse semestre a semestre. Tendía a iniciar muy bien cada materia, pero al pasar el tiempo, por su falta de ánimo y determinación en esa época, terminaba diluyendo su

progreso. En realidad, nunca le fue sencillo vivir la carrera. Muchas veces se sintió solo. No es que no tuviera amigos, de hecho conocía a bastantes personas, pero a veces uno se puede sentir solo a pesar de estar rodeado. No hay peor soledad que la que surge al vivir en una multitud. A pesar de ello salió avante.

Aún recuerdo su primer día después de terminar la carrera. Se sentía más perdido que antes de empezarla. No sabía qué hacer. Recorrió la ciudad todo el día. Caminaba de manera cansada y sin dirección. Sus pasos eran cortos y su mirada baja. Sus pensamientos eran tan fuertes que podían escucharse. Es difícil estar extraviado de esa manera. Sólo cerraba los ojos y se repetía: «¿Y ahora qué?».

Aún recuerdo el día que conoció a su esposa. Si le hubieran dicho en ese momento que se casaría con esa mujer, habría asentido de inmediato. Estaban sentados en una cafetería. Él escribía en su viejo cuaderno, mientras ella sorbía de aquella taza guinda. Él alzó la mirada un momento para apreciar el entorno que le rodeaba. Ella agachó la mirada para apreciar la portada de un libro de Paul Auster que yacía sobre la mesa. Él volvió a enfocarse en su cuaderno. Ella se levantó de su lugar caminando hacia la puerta. Segundos después tropezó su andanza justo a unos cuantos metros adelante. Él volteó en el preciso instante hacia ella para poder estirar sus brazos y sostenerla antes de caer. Ambos se miraron con una sonrisa que emanaba sorpresa y pena. Él le preguntó si se encontraba bien y si gustaba tomar asiento. Ella asintió con la cabeza. Y así comenzó su historia, como una casualidad de momentos exactos. Él se perdió en su mirada desde el primer instante. Ella, literalmente, cayó en sus brazos.

Aún recuerdo el día de su muerte. Él estaba muy enfermo. Llevaba ya dos semanas sin poder levantarse de la cama. Aún podía hablar, pero le costaba mucho trabajo. Tanto trabajo como poder mover su mano para escribir algo. Llevaba dos semanas expresándose con su silencio. Su esposa le relataba todo lo que habían vivido a lo largo de los años, desde el día que se conocieron, hasta el día en que se casaron. Se le seguía iluminando el rostro al recordar cómo se encontraban vestidos el día de su boda. Seguían brillándole los ojos cuando recordaba aquella vez que despojó de su calma la madrugada para llegar a su ventana y recitarle un poema. Seguía riendo al recordar todas esas tonterías que hicieron y dijeron tomados de la mano. Él sonreía. Sonreía de una manera mágica. En ese momento estaba rodeado de todo lo que había amado en su vida. Los libros que le acompañaron en todo momento estaban colocados en el librero. Sus viejos cuadernos donde soltaba su alma y la volvía prosa estaban encima de su buró. Sus vastos recuerdos y experiencias se proyectaban ante él. Todas las caídas que sufrió le permitieron llegar más alto. Sí, rozó el cielo con sus dedos en muchas ocasiones, y comprobó que los sueños sí son más que simples alucinaciones. Murió recostado en su cama. Aquella donde iniciaba y concluía su constante andar entre lo onírico y la realidad, donde se volvían uno solo.

Murió a las cinco de la tarde.
A las cinco de la tarde, morí.



CRÓNICAS DE UN TAXI COLECTIVO

Karla Ximena Salinas Gallegos
«Karla Moon»

Hoy salí muy tarde del trabajo porque mi jefe adelantó la entrega del proyecto para el lunes, lo curioso es que él se fue a casa antes que todos y además muy bien acompañado de su nuevo «affair», un Mercedez Benz plateado. Mientras, yo me resigno a caminar un poco hacia la base de los taxis colectivos, pues aún me queda un poco de amor propio que me diluye la tentación de formarme en la interminable cola de la combi para ahorrarme unos pesos.

Ya en el taxi, el cansancio de la jornada no me impide llevar a cabo mi pasatiempo favorito, imaginarme la vida de mis compañeros de viaje. El método es muy sencillo: tengo que sentarme en medio de la parte trasera para tener una posición privilegiada que me permita verlos a todos de reojo y escucharlos sin tinte alguno de acosamiento, así mis historias tienen un poco de sustento.

Con el motor en marcha y todos en sus posiciones me dispuse a empezar mi «jueguito». Primero, la chica de mi derecha, unos dieciséis años, huele a cigarro y creo que también un poco a alcohol, tiene la mirada perdida en el paisaje nocturno de la ciudad, usa un vestido moteado abrazado por un suetercito muy delgado y su cabello, que ya era un desastre, se vuelve más caótico con el viento que entra desde las ventanas de enfrente. Seguro le lastiman los zapatos porque cada cierto tiempo hace una mueca de dolor e intenta tocárselos tratando de no molestar. Recibe una llamada, «ya mero llego, es que hay tráfico». Luego guarda el celular bruscamente, contrario a lo que harían la mayoría de los jóvenes, y vuelve a posicionar sus ojos en el vacío… en su vacío, mordiéndose los labios.

Ha cortado de nuevo con su novio, pero esta vez ha sido diferente. Cuando ella le reclamaba por los presuntos besos que se dio con otra el viernes pasado, se le escapó decirle: «¡Eres un idiota, igualito a tu papá! ¡Ni lo conociste, pero mira nada más como sigues su ejemplo!». Entonces los ojos de él se transformaron en dos pozos mortales de vidrio y la empujó contra la pared haciendo que se lastimara. Ella no supo si dirigir su coraje hacia él o hacia ella misma por amarlo tan estúpidamente o por haber traído a colación al padre del muchacho y prefirió salir al día siguiente de fiesta para olvidarlo todo. Lo que no sabía era que el exceso de alcohol es un aliciente para los demonios internos cuando el corazón está herido. Así que esta noche, al estar besando al muchacho que acababa de conocer no pudo evitar repasar una y otra vez la escena de ayer acompañada de la sensación de su cabeza rebotando contra la pared.

A mi izquierda, otra mujer, como de mi rodada. Traje sastre, cabello recogido en un bonito chongo. Sus piernas son largas, lo sé porque las medí con las mías. Su tez es muy blanca y sus grandes cachetes, chapeados de forma natural, le resaltan aún más con la luz roja del semáforo. No necesita de maquillaje para constituir su belleza. Me comienza a resultar familiar… tal vez nos hemos encontrado en otra sesión de taxi colectivo en la que Morfeo resultó victorioso sobre mí. Entonces se endereza y pregunta al chofer por el costo del servicio, así le percibo un acento extranjero, tal vez chileno o boliviano. Encima, huele delicioso…fresco, como a mango.

Ella lleva en el país unos cuatro años. Recibió una beca para realizar su maestría y cuando la concluya regresará con su familia porque no soporta tanta convulsión en esta ciudad. Aquí el tiempo se va como agua.

Con muchos conocidos pero pocos amigos, los fines de semana ella prefiere quedarse a lavar sus trajes sastre y a ver las películas que pasan en los canales públicos. En lo que termina sus estudios trabaja para sostenerse, ya que el apoyo de sus padres no le rinde. Es de Chile y como se acerca Semana Santa comienza a extrañar los típicos buñuelos de la temporada, que son muy diferentes a los discos de harina cocidos con piloncillo de México.

Ahora, no ha podido evitar notar al chico que está sentado al lado de ella. Siente sus miradas breves y se acostumbra. El taxi da una vuelta cerrada para poner sus cuerpos en contacto y se dedican una sonrisa como disculpa. Nada romántico, nada fuera de lo normal en la urbe. Su desilusión, su levedad para vivir, su encierro

en una de las miles de habitaciones de su hogar corpóreo vienen desde hace ya mucho tiempo.

Podría seguir todo el trayecto suponiendo cosas sobre ella, mi musa de taxi colectivo, sin embargo, el pasajero de adelante también merece un rinconcito en mi imaginario. Se trata de un señor moreno de unos cuarenta y pico años. Tiene un gran bigote y una nariz gruesa, al menos fue lo que alcancé a ver antes de que hundiera la cara en su mochila y sólo quedaran a la vista sus toscos brazos peludos, su gorra despintada con manchitas blancas y sus audífonos tan colosales como él.

Hoy estuvo un rato esperando que «cayera» trabajo junto a su compadre. Gracias al cielo, como a las diez de la mañana les ofrecieron pintar un salón de eventos con algunos motivos florales. Lo habían recomendado dando fe de sus dotes artísticas. Flores, agua, galaxias, niños, animales, todo lo pintaba. En sus trazos se notaba el perfeccionamiento de la técnica, ese que sólo se da con el transcurrir de los años. No quiso ser presuntuoso, pero le pareció una vergüenza lo que le pagaron por las flores pintadas, sobre todo considerando el poco tiempo que tuvo para hacerlo y los degradados mágicos que le exigieron. En fin, igual y con esta obra le cae más «chamba» mejor compensada en un futuro. Espera que sea en un futuro cercano, pues tiene tres hijos y otro más en camino. «¡Ay, estos hijos míos! Por más que les busco, no les encuentro la torta bajo el brazo, sin embargo con sus caritas llenas de ilusión lo compensan todo. Llegaré a prepararles la cena y a darle un masajito a mi mujercita santa», pensaba mientras abrazaba su mochila y se iba a

viajar a otros mundos…a los mundos de sus pinturas con *Caminos de Michoacán* como fondo musical.

Del chofer no hay mucho que decir, siempre es el mismo por lo que si le doy continuación a su historia, él y su esposa tendrán una noche bastante divertida dado que la terapia de pareja los ha incitado a experimentar y se han comprado disfraces. El suyo viene en la cajuela. Espero que su esposa sea fan de los bandidos marinos.

Voy yo. Empiezo a vislumbrarme teniendo un romance con el Mercedez de mi jefe. Lo estoy corriendo hacia a Cuernavaca, tal vez acompañado de la chilena. De pronto, me descubro a una cuadra de mi destino.

—Me deja en la siguiente, de favor— digo mientras paso los veinticinco pesos correspondientes.

¡Bendito taxi colectivo, sólo me hice treinta minutos!



SAMSARA D-DOS

Arturo Joshué Toral Noriega
«Tavish»

¿Quién eres? … ¿Iris? … ¿Osmar? ¿Miguel o Jazmín? ¿Cuál es tu nombre? No no, mejor, ¿Qué raza eres? ¿Pequeño, mediano, grande? ¿De huesos finos o de piernas largas? ¿Australopithecus u Homo sapiens?

¿Ninguna de las anteriores? ¿Te gusta que te clasifique? … ¿Y tú clasificas? Como gustes, pocos despiertan del estado de duermevela. ¿Perdón cómo? ¿Mi nombre? Uhm. . . evidentemente no te dirá nada, son sólo letras, vocales unidas en palabras, mejor te revelaré mi aventura, te contaré: Uno sólo tiene una fuente de poder por corazón, dos ojos que lo hacen enamorarse, tres dimensiones que nos aíslan, cuatro patas que hemos llamado brazos y piernas, cinco días de la semana que resultan vacíos, y más de seis planetas observándome, no me quitan el ojo por un momento, sabiendo que soy tuyo.

Yo estaba enamorado de Ali, ella originó que pensara en sus manos, su sonrisa, y desde aquel día buscaba en grados, libras, pascales. ¿Me cuestionaba qué unidades tiene el amor? ... Sin embargo, nunca las encontré, al pasar de los días sospeché que quería su amor. Cada día mis pensamientos la procuraban, cavilaba en ser como carbono y zinc, la mejor aleación. Ustedes ojos de diferente naturaleza regrésenme mi corazón, ¿Qué quieren de mí? ¿Mis pensamientos? Podemos gozar de clave compartida, así poseeremos secretos compartidos. Al conocerla, me decía que somos productos de una imagen, pero que ella y yo, ¡Jamás lo seríamos! Subsistiríamos en nuestra Isla de Cristal. Así, poco a poco curó con agua regia de sus labios el oro que vivía en mi cuerpo.

Sólo que la cotidianeidad llegó una tarde a mi vida, acompañada de la molestia, abriendo paso a las dudas, y cada día su visita era más usual, así que cansado decidí abandonar el camino que venía madurando ¿Cómo? No como crees, no lo digo por ella, ambos lo hacíamos, Ali y yo éramos uno…éramos… La cotidianeidad a la que me refiero es la personal, observaba frialdad, infelicidad y por encima de todo la pérdida de mi ser dentro de toda esta urbe llamada sociedad. Quizás mística o autodescubrimiento, decidí cambiar para resolver mis dudas, necesitaba apartarme de los ruidos que estaba escuchando. Dentro de esta transición, me pareció dudoso el cuerpo que tenía, y viví una etapa en la que examinaba y conocía cada parte de él, analizaba mi voz, mis uñas, mi cabello, mis defectos y virtudes, el número de pestañeos que realizaba por minuto, la postura… todo, ya que trataba de conocerme lo más claramente posible,

es decir quién soy, quién es este cascajo; no entendía el motivo de mi vida, algunas marcas en el cuerpo, mis enfermedades, mis situaciones, mis pensamientos y mis entornos en los que subsistía. Con el pasar de los días, ahora sentía una gran curiosidad por las personas, por sus gestos, sus rasgos físicos, su voz, sus gustos, la forma de su cuerpo, de sus dedos, de su cabello, todo me resultaba sugestivo, pero aún más seductor me parecía nuestra forma de actuar. Imponer razas, observar defectos y virtudes, sentirse creadores, intelectuales, los hombres elegantes, ¿Dónde está nuestra superioridad? ¿Por qué esa necesidad de siempre estar arriba? No obstante, no todo fue malo, contemplé gente humilde, consciente, y completé que no es prioridad pensar en nombres y cuerpos, sino más bien en energía, el yo interno, el que hará que tu nombre sea diferente de los demás, ya que la única forma de vernos no es en espejo, acaso existes si no te veo. Dentro de esta observación, comencé a prestar atención por Ali, y me di cuenta que tenía dudas, pero prefería no buscar por temor a qué encontrar.

Poco a poco aprendí a vivir de energía interna, trataba de encontrarla en los demás, allí floreció la entalpía de mi corazón, quise intercambiarla con el entorno, pues para este momento, había ya tantas cosas en mi cabeza, y no sabía si eran especulaciones o realidades, tantos pensamientos, preguntas, y yo estaba aún con pocas respuestas.

De ahí que, algo tan extraño que no sé cómo interpretar, me marcó la tragedia u oportunidad que ya no sé distinguir, aquella madrugada, cuando me disponía a dormir, tuve un sueño en el que todo se nubló en tono hosco, era una negrura total que no me

dejaba mover. Cuando de pronto, llegó una señal a mi sueño, un ser parecido a una lamia, vestida de rojo, tan bella como una Madonna italiana, de inmediato la vi y supe que era arte sacro. Ella me miró fijamente y serena me dijo: Sé lo que estás buscando, si quieres obtenerlo hay un precio, yo a cambio, te daré la oportunidad de viajar a tus transmigraciones, tu pasado, tu camino, lo que has sido, lo sabrás y conocerás un poco de la verdad.

De inmediato, desperté pero estaba inmóvil, me encontraba aún dormido, era una visión, una posesión, una consagración, no lo sé, ella me ofreció transmigrar, pero cuál era el precio. No podía responder, sin embargo, ambos sabíamos que la respuesta florecería en un sí, así que abriendo sus labios me susurró nuevamente: viajarás, pero a cambio perderás tu reflejo, cuanto trates de verte, no podrás, no te reflejarás más. Quizás era un ángel o un demonio perverso, tal vez energía que mandé llamar, no lo sé; enseguida me tomó de la mano, levantó su velo y con su meñique derecho cortó parte de mi piel, mis venas de la muñeca sangraron y ella tomó la gota de sangre, la saboreó entre sus befos y me murmuró, duerme, duerme, duerme…

Al siguiente día, me desperté pensando en una pesadilla, pero no, mi sueño era cierto, mi reflejo, mi sombra, ambas desaparecieron, no me veía en el espejo, no me veía en el reflejo de los lagos, y poco a poco al llegar la noche mi cuerpo se congelaba, parecía un hombre del Polar Ártico, pero lo que lo compensaba era el sueño que tendría. Aún amaba a Ali, sólo que nuestro alejamiento crecía poco a poco, ella ya no me seguía como antes, comenzaba a darle miedo, como si yo me estuviera introduciendo en cosas tenebrosas,

¡bah!, sólo quiero aprender. Sin embargo, lo que más la aterraba era que no me reflejara en nuestras fotos, se sentía pavorosa, pero qué quiere de su foto, por qué no disfruta su presente y se olvida de sandeces, acaso la foto la puede amar más que yo. ¡Oh, Ali!, ya comienzo a olvidar la obsidiana que refugiabas en el río salvaje de tu mirada, el destello puro de tus piernas jadeando tu danza gitana.

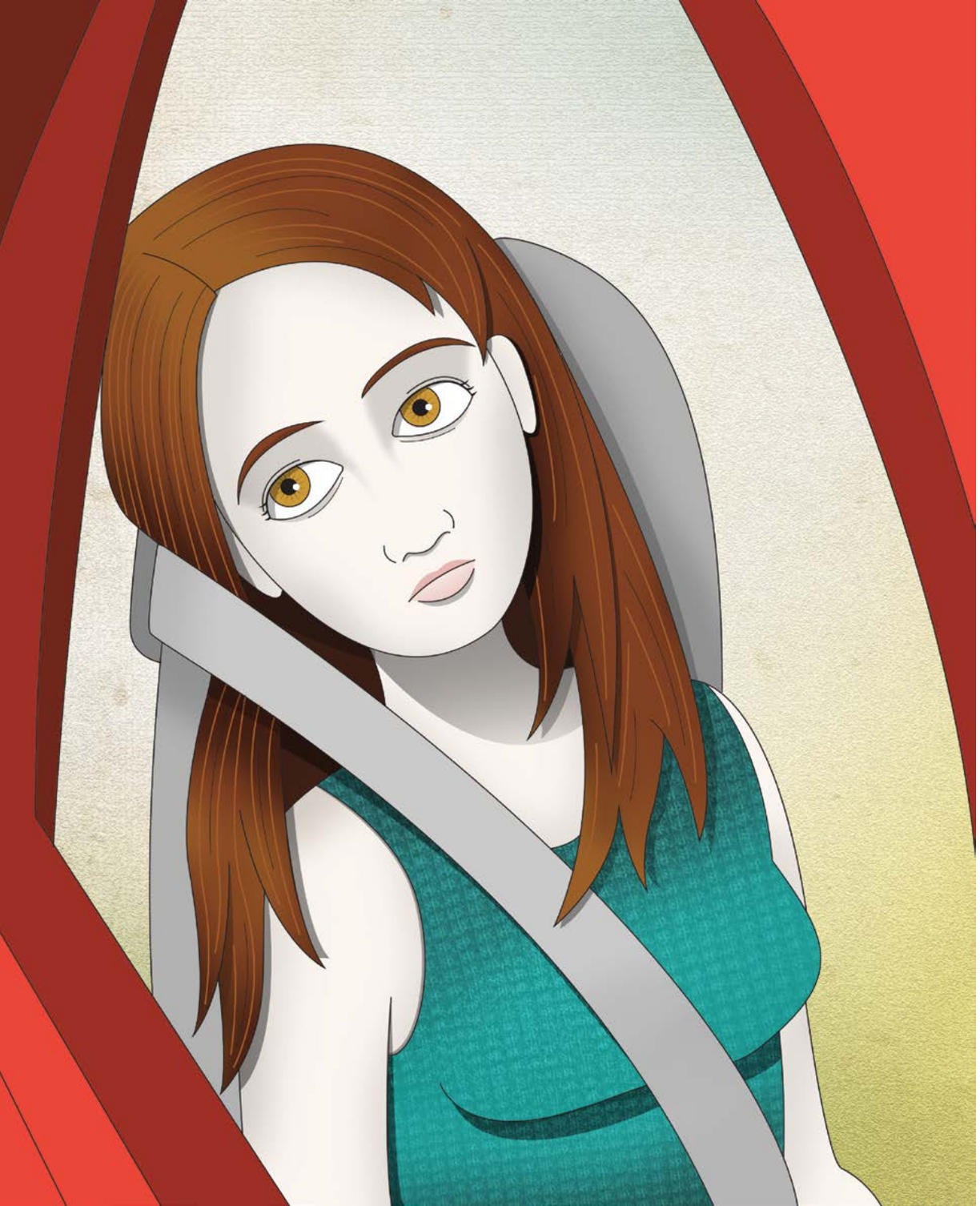
No sabía cuándo tendría dicho sueño, pero sucedió, quedé inconsciente y así nació mi visión, como un abanico percibí demasiadas pestañas, sólo recuerdo las transmigraciones que más influyeron en mi energía, pero recuerdo un sinfín de estados. Por fin ocurrió. Desperté con unas manos temblorosas, la boca desierta, y más feliz que siempre... ¿Disculpa?, sí, por supuesto, mis transmigraciones las diré, pero aguardemos, quiero compartirlo con Ali, he allí que cuando la busqué, la llamé, pero jamás contestó. Quería decirle que todo esto es para ella, ella es parte de mí, es parte de todo.

Para cuando por fin volví a verla, ya no estaba cautiva de nuestro amor, ella no era la misma y yo empecé a enloquecer. Allí me veían, especulando y experimentando, llegue a creer que Ali estaba poseída por la lamia de mi sueño, ¿Será? Sí, ella la alejó de mí, mi Ali no puede irse así de mí, ella me ama, ¿Qué no las lamias conducen a la traición? Sí, eso fue. ¿Qué quiere de mí? Ya tiene mi reflejo, el pacto fue limpio, a menos que, ahora entiendo, ha convertido a Ali en un monstruo, la ha poseído mentalmente, no puede ser, debo de cubrirme, no debo de caer en sus enredos, no debo de pensar por ahora en su vientre de seda, debo de liberarla, rescataré a Ali de dicha posesión, nuevamente será mi oriental divina.

Una tarde de octubre, ella cesó a mí, me dijo que se alejaría un momento, estaba asustada por mis recientes vivencias, tocó su pandero de forma terrorífica, estaba nerviosa, no estaba acoplada en nuestra reciprocidad, así que se fue, para no volver jamás. Desconcertado, debía hacerla volver en sí, y por los hippitecas que lo intenté, traté de liberarla de su posesión, sólo que, en una de mis alucinaciones le arranqué la vida por accidente, preparé un brebaje conocido en los tiempos de la alquimia, tomé su boquilla rosada, tan frágil como el tamaño de un bombón e hice que lo tragara, sí, sí, así la lamia se iría, sólo que sus venas comenzaron a expandirse, sus gritos, su saliva, el destello puro de sus piernas, su vida se me escapaba de las manos, el brebaje la hizo revolcarse, se ahogaba, rasgaba sus senos de ganglios periféricos con sus uñas y segundos después… murió; oh, mujer de mis sueños, cómo he podido hacer esto. ¿Mis transmigraciones? ¡Bah! He arrebatado algo que no es mío. ¿Yo? No sé si todo esto es real. La única forma de verme no es en un espejo, ya ni de reflejo gozo, es vital la energía interna, belleza mágica, y pese que hay demonios a nuestros costados, los demonios personales son los que tengo que remendar.

Necesito mi núcleo de cobre, metálico, sí, adiabático de ti.

PROFESORES



PRIMER LUGAR

CAMBIO DE LUGAR

Arturo Ángeles Mancilla
«Juan Crisóstomo»

De pronto, al ver aquel camino, inmenso y desolado, algo perverso se produjo en mi mente. Repentinamente me encontré abstraída en mis recuerdos. Primero emergió mi infancia vivida con zozobra gracias a la tiranía de mi padre a quien siempre temí y muchas veces intenté amar sin éxito. Empecé tardíamente mi relación sentimental con los hombres, por mucho me sentía perseguida por el fantasma de mi padre autoritario que me espetaba que era una puta que me acostaba con todo el mundo.

Apenas logré superar ese miedo me encontré con varias relaciones fallidas que me llevaron a pensar que no me iba a quedar con nadie, hasta me resigné a vivir llena de soledad. Sin embargo, cuando conocí a Julián mi vida aparentaba haber girado ciento ochenta grados, como pocas veces sentía que me aproximaba a la

felicidad pero, a los pocos meses me di cuenta de lo equivocada que estaba. El ciclo se abría nuevamente y mi personalidad se hundía otra vez sin remedio.

Una vez más me encontré asfixiada por un hombre aplastante que no me permitía ser yo misma, me agredía y manejaba a su antojo mis formas de vestir, reír y hasta de llorar.

Cuando emprendimos un largo y agotador viaje en carretera pensé que no tenía escapatoria, que de nuevo sería alimento de malos tratos y de bajezas que tenía que aguantar. Al principio iba resignada apreciando los paisajes maravillosos, los escarpados desfiladeros con una magnificencia que me impresionaba y vertía en desvalorada persona una extraña fuerza. Volteé a ver detenidamente a Julián que manejaba ensimismado, vi que su rostro sudaba por efecto del sol y ello me daba repugnancia. Iba tranquilo como pocas veces. Es posible que aquel desierto también hubiera producido un extraño influjo sobre su mente, o quizá sea verdad que la gente que barrunta su muerte cambia notoriamente sus patrones de conducta, como si de momento se diera cuenta de su proceder y quisiera enmendar sus actos.

No habían pasado más de seis horas de su último maltrato hacia mí, aún sentía la rabia de aquel golpe en uno de mis senos aunque no era la primera vez que sentía una impotencia tan tremenda. Ya estaba cansada, cada día me enfrentaba cada vez con mayor impotencia a una bestia despreciable contra la que no podía hacer nada. En realidad no me aterraba tanto el pasado como el futuro sin posibilidades en medio del cual me vislumbraba.

A pesar del odio que sentía por él, anteriormente, pocas veces había pensado en librarme de su infame presencia de una vez y para siempre. Aunque, en ese entonces, pensaba con recurrencia que la muerte de mi verdugo era la única forma de librarme de él. Al principio la sola posibilidad me causaba escalofrío y terminaba por olvidar el asunto. Alguna vez intenté abandonarlo pero, se enteró de mis planes y me propinó una golpiza que todavía recuerdo.

Las amenazas que siguieron engendraron un pánico cerval y una especie de conformismo que me ahogaba como una marejada incontenible. Desde entonces, comencé a pensar como nunca antes acerca de mi propio destino, y de que era necesario darle un giro a mi vida, de no ser así iba a volverme loca.

El camino que allanaba la inmensidad de ese panorama árido de cactáceas y precipicios se avivó en mí la idea de deshacerme de ese engendro que tanto daño me había causado, por quién además sentía un profundo rencor estancado que me envenenaba la vida. Julián no se daba por aludido, seguía callado, sin interrumpir mis cavilaciones.

No llevaba ninguna arma conmigo. En mis pensamientos estaba presente la idea de algún artefacto que me abriera camino hacia la libertad; en mis condiciones, la cárcel, incluso, sería un escape. Aterricé mis ideas y me di cuenta de que un disparo o una puñalada certera, en aquel momento en el que continuábamos viajando al filo del precipicio, sería algo suicida porque, sin duda el carro se despeñaría llevándonos a un final seguro, del cual, por supuesto, quería escapar.

Media hora de silencio fue interrumpida por el paso de otro automóvil que llevaba las luces encendidas anunciando el atardecer

cercano. Yo comenzaba a dormitar, ya estaba abandonando aquella idea macabra cuando Julián bajó la velocidad y se estacionó en un arcén limitado a la orilla de la carretera. Un oasis para respirar en aquel camino casi sin orillas. Me avisó que iba a orinar. Me di el lujo de no contestarle.

Mientras él caminaba hacia la orilla me regresó, con vigor inusitado, la idea de librarme de él para siempre, de emanciparme de una vez por todas. Entonces, supongo que la cara se me iluminó macabramente; bastaría con empujarlo ligeramente, aprovechando que me creía incapaz de hacerle el más mínimo daño. Finalmente debido a mi cotidiana mansedumbre nunca lo sospecharía.

Descendí del auto dispuesta a todo. Malhumorado me preguntó la razón por la que bajé del carro, como siempre quería controlar el menor movimiento de mi parte. Le respondí que quería estirar las piernas y que tenía curiosidad de asomarme al vacío. No me dijo nada. Miré detenidamente su pie que estaba a escasos diez centímetros del vacío. Sentí algo de vértigo pero, levanté mi brazo derecho y puse la palma de mi mano totalmente abierta sobre su espalda. En ese preciso momento cobré conciencia de que cualquier ser humano, en ciertos instantes puede ser el más vulnerable de la tierra; su vida dependía ahora de mi voluntad y yo estaba dispuesta a todo para sentirme libre al fin.



SEGUNDO LUGAR

DULCE MAJA

Juan Manuel Bueno Soria
«Characo Alfasí»

Antes de salir de casa miró de reojo los cuadros y libros del salón con la esperanza de guardarlos en su memoria. Tomó las llaves del auto y salió.

Durante el trayecto, las notas de la soprano lo envolvieron. Je veux vivre. Le encantaba Victoria de los Ángeles en aquella grabación que desde hace años le habían obsequiado. Lo seducía el timbre de su voz y la pasión con que interpretaba las arias. «Mi bella Victoria, ¡triunfaremos!» Trató de acompañar la melodía, aunque su soplo no era suficiente. Las hojas de los árboles volaban en espiral a su paso, de modo que parecían ir tras él. De repente, un semáforo en rojo que parecía anclado en la eternidad. Se percató de que los peatones no le eran tan indiferentes. Sus gestos le despertaban la imaginación y pensó que, después de todo, la vida no es tan complicada.

«Es como observar una pintura y disfrutarla. Tal vez amarla; sí, así es la vida», y de pronto un claxon y la luz en verde.

Llegó a la clínica. Cada vez le era más familiar el camino al consultorio. Se anunció con la enfermera. Buenas tardes, ¿estoy a tiempo? Ella le responde con una ligera sonrisa: sí, don Sebastián, en unos minutos lo haremos pasar. Se acomodó en la sala de espera y se sintió tranquilo. «Son sólo unas gotas».

Mire, tenemos un nuevo cubículo. Estará solo y así podrá escuchar la música de su aparatito y… ver esa pintura tan… Ya sabe, primero le pondremos este sobre para evitar los efectos secundarios y después vendré a aplicarle el medicamento. Recuéstese bien y si necesita algo me llama.

Sebastián reconoció impactado aquel lienzo, pero temía que la enfermera se diera cuenta del éxtasis que le producía encontrarse ante ese cuadro; por lo que fingió indiferencia y se relajó. *¡Claro que eres tú, Maja! Así que hoy estaré a solas contigo. ¿Qué concierto te gustaría escuchar? ¿Haydn? ¡Cuál más! Estoy convencido de que Goya pedía a los músicos de la corte que lo interpretaran mientras te creaba. ¡Claro!, como pintor de sus majestades, podía pedirlo todo. De seguro grabé* Orfeo ed Euridice, *¡Sí! Aquí está con la Bartoli. Mi hermosa coloratura, ¿tus senos serán como los de La Maja? ¿Escuchas, mi bella? Toda esta armonía para ti y para mí, pues da sosiego al alma. ¡Vaya interpretación!, los mejores acordes para nosotros. Aquí entra la viola. Seguro que en ese momento Goya dio una pincelada. Goya, ¿qué pintabas mientras el clavecín hacía vibrar sus notas?, ¿los senos?, ¿los pies?, ¿qué parte de la Maja? ¿Sabes?, Maja, te imagino posar*

suavemente tu mano sobre el clavecín. Mirarme de reojo y esbozar una ligera sonrisa, al ritmo que el rasgado de las cuerdas produce arpegios y contrapuntos. Toda la orquesta toca acompasada al bajo continuo y a tu belleza. Shhh… ¡alguien se acerca!.. ¿Será la enfermera?

A ver, le vamos a cambiar de medicamento. No se mueva y cuénteme en qué piensa —la enfermera puso una nueva sustancia en el catéter—. Bien, lo dejo, don Sebastián, si necesita algo, me avisa.

¡Qué insolencia! Piensa que tiene el derecho de interrumpirnos. Si vuelve a hacerlo, acariciaré sus senos y le diré que fue por equivocación, que en realidad pensaba en los tuyos, Maja, y se sentirá halagada. Yo lo que anhelo es estar junto a ti. Por eso, para permanecer a tu lado y conquistarte, lanzaré guijarros a tu paso y, como antaño, al ver que los recoges sabré entonces que podré acercarme y bailar contigo. Para ello he traído las tonadillas que tanto disfrutas. ¡Anda!, baila y canta, mi bella musa: «De serviros, esta tarde me presento, por ver si logra mi suerte, la dicha de complaceros.» ¿Cómo convencerte de que siempre estés junto a mí? Por ti, yo tocaría la lira hasta el inframundo. Sin importar los riesgos, lucharía contra 'Cancerbero' y, sin mirar atrás, aun desnuda, te traería conmigo. Anda, dame la mano para no perderte… ¡Hay tan poca luz!... ¿Es éste mi inframundo?

Entiende, mi bella quimera, tú me das vida, y para que permanezcas conmigo, te contaré innumerables fábulas, pues qué otra cosa es la existencia sino un puñado de narraciones mil y una veces repetidas. Y no sólo eso, también brindaremos: ¿qué vino prefieres, Maja? Beberemos los de más cuerpo, de muchas añadas, aunque el mejor será el de las uvas prensadas por tus pies desnudos ¿Cómo se verían en el satín de

las uvas rojas? ¿Bailabas entre los mostos mientras dirigías tu mirada hacia América? ¿Pero dime, hermosa, qué te sirvo? ¿Un Rioja supremo o uno del Nuevo Mundo? Para que no dudes, bella donna, yo seré tu somelier, haremos una cata ciega. Pero no es para tocarte… bueno, si me equivoco de cáliz ¡pues tanto mejor! Libiamo, y no en cualquier copa, te ofrezco la de Van Gogh, de pie firme y cristal grueso. Tú eliges, si quieres que sea en los prados, te propongo una buena bota curtida al enebro y a la mimosa. Y ya en la cata, nada de escupirlo al piso, de tu boca a mi cuerpo, para sentir tu tibieza, directo a mi corazón. Gotas, pequeñas gotas, viniendo de ti son el elíxir de mi salud ¡Mi dulce quimio! Ellas me darán fuerza, lucharé contra molinos hasta conquistarte, mi suave Aldonza. Silencio… se acerca de nuevo, no vayas a molestarte, recuerda que es su trabajo. Pero antes de que llegue, dime: ¿seguirás conmigo?

¡Señor, por favor, por favor, no se mueva tanto, tranquilo. En cuanto terminemos, pasará con el doctor. Quiere hablar con usted.

Sebastián caminó por el pasillo de paredes claras decoradas con reproducciones de Picasso y Miró, que según la enfermera «alegraban» el espacio. Hola Francisco —dijo Sebastián, al tiempo que cruzaban esas miradas de complicidad propias de amistades de larga data. Qué tal —respondió Francisco con una sonrisa disimulada. Sebastián caviló en lo que podría significar la expresión de Francisco. ¿Que el tratamiento iba bien? ¿Que los resultados de los análisis no eran los esperados? Finalmente, parecía darle lo mismo cualquier información. ¿Cómo te sientes? Quiero informarte que me han entregado los resultados de los últimos estudios. Haremos una pausa y en tres semanas recomenzaremos. Deberemos hacer

unos cambios al tratamiento. Te interpretaré las placas para que entiendas cómo vamos. Hoy no quiero saber nada —dijo Sebastián acomodándose el saco y mirando hacia la ventana. ¿Qué sucede? Dímelo. No sería la primera vez que me hablas de tus inquietudes, aseveró Francisco. Quiero viajar, eso es todo. Necesito salir. Puedes hacerlo, tienes tres semanas disponibles. Sólo infórmame a dónde irás, y así tendré una lista de médicos que podrían atenderte ¿Tienes alguna idea de dónde quieres ir? preguntó Francisco, con la certeza de que obtendría una respuesta negativa. Aún no —contestó Sebastián, mirándolo socarronamente. Mantenme informado. Francisco le dio un abrazo mientras deducía que el viaje no sería corto; en tres semanas, su amigo y paciente era capaz de darle la vuelta al mundo.

Sebastián se retiró. De camino a su auto, comenzó a apoderarse de él una sensación de libertad. Se sentía de nuevo en la búsqueda de su preciada autonomía, el eje que le había dado sentido a toda su vida, aunque muchos de sus amigos le habían dicho que eso no era más que una constante huida de la realidad, de la vida misma.

De regreso a casa, las calles de la ciudad le parecían menos distantes. A pesar del atardecer, alcanzó a ver una mujer ataviada con un vaporoso vestido rojo surcar la calle con rapidez. Un pensamiento atravesó su mente: «En el cruce de las avenidas todo llama a la desolación, cuando de repente apareces tú, ¡esplendorosamente tú!» Sin percatarse, se estacionó frente a una agencia de viajes. Desde el ventanal, vio los cabellos negros de la joven con el vestido rojo. Entró a la agencia y, un poco confuso, preguntó por los primeros vuelos a Madrid.



TERCER LUGAR

LA LEYENDA DEL PERRO MÁRTIR

Araceli Larrión Gallegos
«Perro Testigo Protegido»

Los hechos se sucedieron en una universidad al sur de la Ciudad de México.

La puerta del salón se abombaba a cada golpe en ella, al grito ensordecedor de: ¡PERROS! ¡PERROS! ¡PERROS! El profesor que terminaba ya su clase, un tipo con cara y bigote de Hitler, no dijo ni media palabra, hagan de cuenta que estaba escuchando el informe del clima en las noticias; todos sus alumnos lo veían con cara de interrogación, esperando una explicación ¿qué estaba pasando? se preguntaban con la adrenalina a tope recorriéndoles la espina.

Bueno jóvenes, dijo alegremente el clon de Hitler, nos vemos la próxima clase, que disfruten el fin de semana y no pudo ocultar una leve y maliciosa sonrisa. ¡Oiga profesor, por favor no nos deje! ¿qué nos van a hacer? suplicaron los alumnos. El profesor, sin contestar

siquiera, abrió la puerta para dar paso a una turba enardecida que entró como tromba atropellándolo todo.

¡PERROS! ¡PERROS! ¡PERROS! Volvieron a gritar y dos gorilas con cara semihumana se apostaron en la puerta para no dejar salir a nadie, pero dos alumnos listos se aventaron por la ventana y corrieron sin parar. De suerte que era planta baja. Los demás alumnos quisieron seguir su ejemplo, cuando de pronto se oyó la voz atronadora del líder de la turba: el guapo de la escuela, un joven alto y prepotente, hijo de un famoso profesor de esa facultad; subido en el escritorio y rodeado de todos sus vasallos, habló como Dios Omnipotente: ¡escúchenme bien perros inmundos, porque no voy a repetirlo! el que se escape ahora, lo vamos a agarrar más tarde y le va a ir peor, aquí tenemos una lista con todos sus nombres, pasen al frente y hagan todo lo que se les ordene.

Había sido esa una semana extraña, desde el lunes en que llegó a dar clase un joven rubio, que más parecía jugador de fútbol americano, de traje azul cielo, que apenas le cerraba el saco y corbata roja nada combinable, haciéndose pasar por el maestro, pasó unas hojas entre los alumnos para que anotaran sus nombres, luego de tarea encargó comprar unos puntos de fuga de marfil y un compás de volutas. Y fue al llegar a la LUMEN que se dieron cuenta del ridículo que hacían, pues los dependientes de la tienda jamás habían oído hablar de semejante cosa. El jueves, casi matan del susto al pobre profesor de historia, un pelirrojo pecoso, que se elevó medio metro de la tarima, cuando explotó una «paloma» que arrojaron dentro

del salón, que tronó como bomba, dejando a todos sordos. Y ahora viernes… nadie les advirtió nunca de las «perradas» de esa facultad.

Así pasaron los alumnos, por orden de lista, uno por uno al estrado, como ovejas al matadero… menos uno… un tal Miguel Ángel, silbó una melodía y volteó al techo, después se quedó impávido viendo cómo a sus compañeros les pintaban la cara con plumones negros, rojos y azules y los amarraban en fila india para llevarlos a la subasta de esclavos, donde el mejor postor sería dueño de sus vidas dos semestres hasta que llegaran a tercero y pudieran subir a la categoría de verdugos y cobrar venganza, y hasta más creativa, con los nuevos perros.

Ya estaban los verdugos terminando de pintar a los últimos perros, cuando los nervios traicionaron a Miguel Ángel, pues quiso salir del salón como si no fuera ese su asunto y anduviera de paso. ¿Y tú, adónde crees que vas? lo interrogó uno de los gorilas de la puerta, pues… a mi casa, dijo tragando saliva y sin mucha convicción. ¡A ver, muéstrame tu credencial! le escupió el gorila con cara semihumana, ¡ay! pues no la traigo, soy de tercero, intentó mentir inútilmente porque antes de que terminara la frase, el gorila empezó a gritar como loco: ¡Hey, todos, aquí se quiere escapar un perro!, Miguel Ángel aventó al celador y corrió unos pasos antes de que lo atraparan y lo encerraran en el salón de al lado, no sin antes haberse defendido como gato boca arriba, con patadas, arañazos y trompadas. Luego verdugos entraban y salían de ahí, al final no quedó un solo huequito de su cara sin pintar y su pelo embadurnado con

chapopote y plumas, por último, para mojarlo lo arrojaron al pasillo con tal fuerza, que resbaló y su cabeza sonó como castaña al fuego y también quedó igual, con una rajada en medio cuando se estrelló en el piso, en ese piso empapado de tantos globos con agua reventados durante toda la mañana. Un hilo de sangre corrió por el pasillo, los verdugos se acercaron. ¡Ahora si ya nos cargó…! gemía un flaco con cara de ratón blanco, ¡vamos a ir a la cárcel! llorando dijo una güera de piercings de oro y brillantes en la oreja, ¡creo que este güey ya palmó! se oyó una voz anónima por detrás de ellos. ¡Cállense todos, dejen de decir pendejadas! dijo el líder de los verdugos, ¡déjenme pensar!

Liberaron a todos los perros y los sacaron de la escuela, todos corrían despavoridos y felices a sus casas, así que nadie supo el desenlace. Algunos juran que el perro murió y que fue declarado un accidente. Otros han oído que quedó medio loco y que lo han visto algunas noches vagando y espantando a los incautos que se aventuran a deshoras por esa facultad. Pero muchos creen que el perro vive y que para vengarse de cómo lo pintaron ese día, ahora se sienta en una escalinata cerca de la rectoría y les pinta la cara a las personas en el día de muertos ¡y hasta les cobra! Pero son historias que forman parte de la leyenda del perro mártir. Lo que sí es verdad es que desde ese día se acabaron las perradas en esa facultad, ahora reciben a los nuevos alumnos con la sinfónica y ya no les llaman perros. Y si algún día pasas por ahí, verás una cruz clavada en un árbol viejo y grueso que está enfrente de la alberca, con una leyenda que reza así: «A la memoria del perro mártir por su valor al enfrentar a sus verdugos, en favor de las futuras generaciones de perros».



CARTAS A LOS MAGOS

Sofía Ávila Becerril
«Carmen»

«Había una vez un niño al que casi nunca visitaban los Reyes Magos…» le escribes con las manos de letras y el corazón lleno de estrellas, desde ese ir y venir de tu mente, como tantito queriendo mover las líneas de sus manos, como tantito persiguiendo que le crezcan, como hacerte sentir abrigada, con la tibieza, con el humor en las sonrisas, con la espera, como las calles que se llevan en la piel, como se lleva la historia, la herencia…

Agárrate a un árbol de pirul, cortas unas ramas, huele bonito, agarras y te limpias tú solito con ganas hasta los pies y haces una oración…

Me llamo como se llaman todos los niños en este pueblo desde que Ávila Camacho fue presidente. Mi pueblo es uno de esos donde si asomas la mano puedes sentir las nubes, se respira un olorcito a tierra mojada porque casi todos los días llueve y uno siempre dice

los buenos días o las buenas tardes. En mi casa somos tres de familia, mi mamá se levanta de noche para hacer tortillas y tlayoyos con hierbabuena, que luego sale a ofrecer a las casas. Antes de que llegaran las máquinas de tortillas, mamá tenía siempre pedidos grandes, que Carmen apártame dos docenas, que una, que tres, pero desde que están las máquinas ya nada más se venden los tlayoyos, ya no es lo mismo dice ella. Mi hermana Lupe trabaja con Ramón, el panadero, desde los doce años, también se levanta cuando todavía es de noche y se arregla muy mona con un pedante mandil blanco.

Siempre hemos sido solos los tres, ellas dos de sangre fuerte y yo, poquito tibia. Por eso es que no entiendo eso de los frascos y bolsas de las hierbas que traen de San Miguel una vez al mes. Son hierbas que mamá escoge, tlanchalagua, cuacia, palitos para la bilis, romero, sábila, cáscaras de tomate… unas las pone a hervir, otras las deshoja y otras más las mezcla y las pone en frascos con alcohol y las va guardando en una caja debajo de la mesa, a veces las usa del diario, otras se quedan por mucho tiempo hasta que son necesarias, como aquella vez que vino una muchacha de lejos, los doctores ya decían que se iba a morir, tenía llagas por todo el cuerpo y siempre estaba sudando, se estuvo en la casa como por dos meses, mamá le daba tés y le pasaba ramos, a veces cantándole y a veces le decía oraciones que a mamá le ponían los ojos blancos, a mí me daba mucho miedo cuando mamá se ponía así, parecía que su voz cambiaba, parecía otra persona, pero al final la muchacha recuperó el color y el blanco de los ojos y se fue más sana. Entonces un día regresó con otra señora y nos trajeron fruta y dos pollos. Seguido, la gente que mamá curaba le traía regalos,

chocolate, maíz o mandado y a mí me daban dulces de piloncillo o soldaditos de plástico.

Dicen que fue por eso que a mi hermana, a ratos, se le empezaron a meter todos los males que mamá había curado, se le fijaron todas las gentes a la vez con sus enfermedades y, a ratos, cuando se le olvida quién es ella, los ojos se le ponen fijos como mirando hacia ninguna parte, hace sonidos que no son de ella y saca espuma de entre los dientes, la crisis le dura dos o tres minutos y luego, cuando parece que se compone, ya no sabe de sí durante un rato. Fue por eso que mamá me dejó acá en el pueblo, encargado con una vecina y mis soldaditos para llevarla a ella a la capital. Ahora vende en un sobre ruedas y a mi hermana la curan la gente que sí estudió, pero mamá dejó de arreglar a la gente para ya no enfadar a Dios.

…fíjate en un árbol que tenga las ramas bien largas, bien arriba y abrázalo y pídele…

«hasta que un día le trajeron el regalo más hermoso que le pueden dar a alguien en la vida: tú. Con todo el amor, Los Reyes Magos».



MI ENCUENTRO CON EL JAGUAR

Hugo Sergio Haaz Mora
«Caminante»

Sucedió hace más de 30 años, cuando fui comisionado como ingeniero para realizar los estudios de cimentación para unos puentes de un camino que iba a unir las comunidades de Choapan y de Yogopé, ubicadas en lo más profundo de la región mixe del estado de Oaxaca, para ello preparé una brigada de trabajo constituida por mi chofer César, un operador y un par de ayudantes, me preparé con abastecimientos suficientes y por supuesto una tienda de campaña para pernoctar en la espesura de la selva, ya que íbamos a ingresar a terrenos jamás transitados por vehículo alguno y permanecer durante muchos días.

Se nos había advertido que había que realizar los trabajos con celeridad, puesto que la época de lluvias estaba muy cercana y se volverían intransitables las brechas de acceso, corriendo el riesgo de

quedarnos atrapados con todo y vehículo por toda la temporada de lluvias.

El vehículo que preparé para los trabajos era una camioneta de rodada alta de tres toneladas, en la que llevábamos el equipo y la herramienta necesaria para la exploración del subsuelo.

La distancia que teníamos que recorrer hacia el sitio en que teníamos que realizar los trabajos distaba un poco más de 50 kilómetros del último vestigio de aldeas de la región, pero el mal estado de las brechas de acceso hizo que el recorrido se hiciese muy tortuoso, decidí iniciar los trabajos en el arroyo más alejado denominado «La criatura», ya que de esa manera en caso de que las lluvias se iniciasen, el recorrido de regreso sería menor; los primeros días de la aventura pasaron sin incidente alguno, salvo los concernientes a los trabajos que estábamos realizando con inusitada premura por el temor de la proximidad de la temporada de lluvias.

Una de esas noches, cuando estábamos descansando después de un arduo día de trabajo, encendimos como siempre nuestra fogata para calentarnos un café y alimentos, sentados alrededor de la misma charlando y contando anécdotas y hasta cuentos de espanto como es usual en esas condiciones; al cabo de un buen rato, uno de mis ayudantes me hizo una observación, le parecía haber visto un perro merodeando el arroyo muy cerca de donde habíamos dejado cecina y chorizo oreando en la parte superior de un tambo.

Al cabo de un buen rato mi ayudante me volvió a interrumpir diciéndome que no se trataba de un perro sino de un animal mucho más grande, en esos momentos nos levantamos todos de la fogata y caminamos hasta la margen del arroyo, no serían más de unos cuatro metros de distancia desde donde estábamos, y en efecto tal como lo mencionaba, ese otro animal era nada más y nada menos que un extraordinario jaguar, que a la luz de la luna llena se podía apreciar con toda claridad, y que se encontraba agazapado y escondido detrás de un árbol.

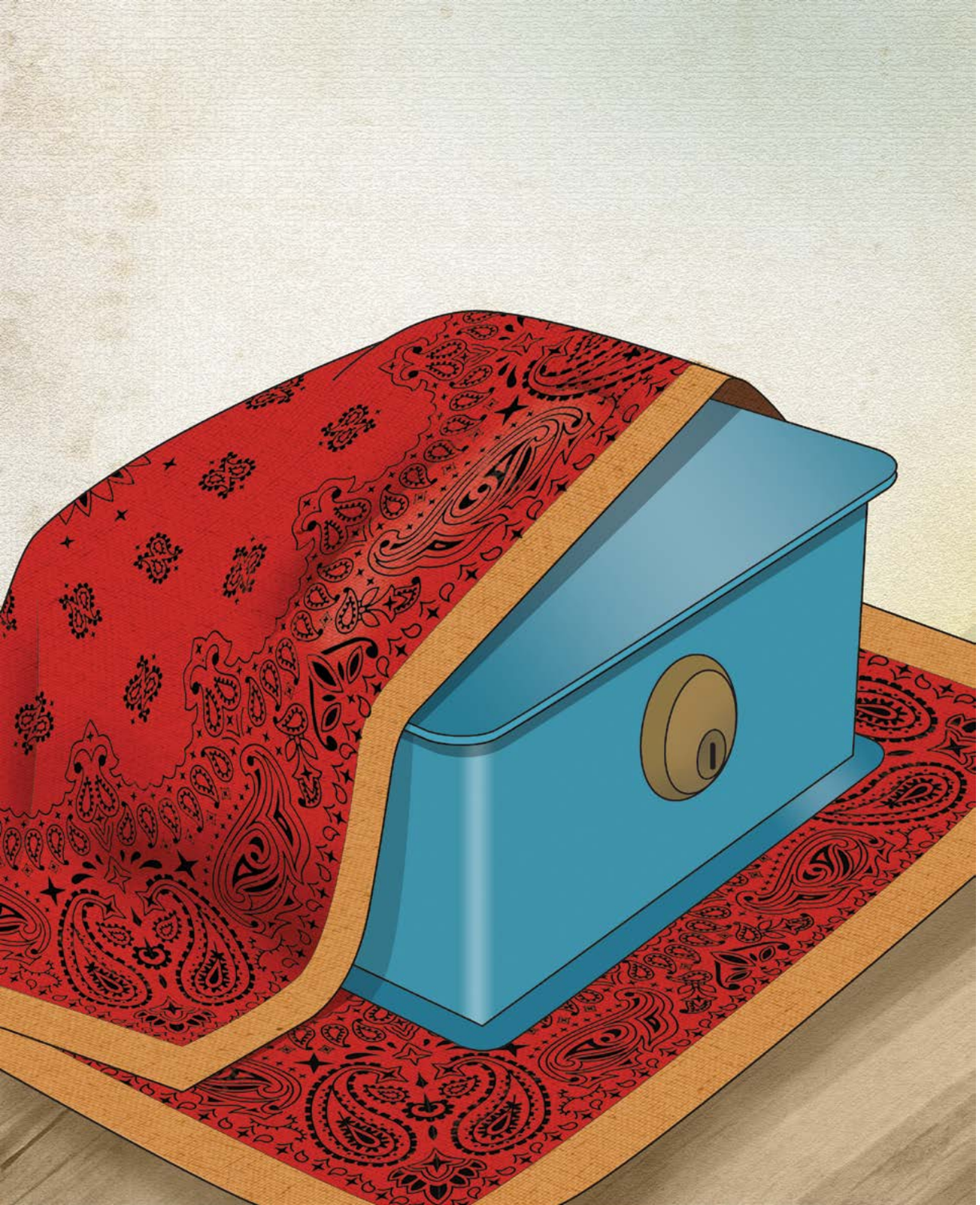
La impresión fue increíble, quedamos casi paralizados, al menos yo nunca había tenido la experiencia de toparme con un jaguar en su medio natural y a menos de cinco metros de distancia; una vez reaccionando de la impresión le dije a César, que era el chofer, que se trajese el rifle que mi colega Roberto me había prestado antes de que saliese de la ciudad de México; una vez con el rifle en mis manos no supe ni qué hacer, la verdad es que rápidamente ordené mis pensamientos y me pareció que sería un verdadero asesinato dispararle; pretextando que me encontraba deslumbrado por la luz de la fogata le pasé el rifle a César, que al igual con todo el nerviosismo del mundo atinó a jalar el gatillo, pero justo en el preciso momento en que el animal dio un enorme salto cruzando totalmente el arroyo que medía poco más de seis metros de ancho, entonces pude observar la majestuosidad de este magnífico animal enmarcado a la luz de la luna llena, imagen que tengo grabada como una fotografía en mi cerebro, que pena no haber podido contar con una cámara fotográfica en ese momento para registrar ese increíble instante.

Por supuesto que quedamos paralizados y muy excitados, con el corazón latiendo a mil por hora; por supuesto que ya no pudimos dormir el resto de esa noche y aunque César aseguraba que lo había herido, yo bien sabía que no había sido así, lo cual pudimos corroborar al despuntar la mañana, ya que al bajar al arroyo nos percatamos de que la bala había impactado en una piedra, a la orilla del arroyo, y en el lodo pudimos ver que la profundidad de las huellas que había dejado el animal nos permitían aseverar que el animal tenía un peso superior a los sesenta kilos.

Posteriormente con los lugareños de la región me pude enterar el porqué se le había dado el nombre de «La criatura» a ese arroyo, ya que los lugareños mencionaron que ahí, hace algún tiempo, un jaguar se había llevado al hijito de una indígena que caminaba en esa brechas y que en esa región ya se habían percatado de la existencia de una buena cantidad de jaguares.

El resto de los trabajos los realizamos un tanto temerosos de poder encontrarnos nuevamente con algún otro jaguar, por lo que aceleramos los trabajos para salir del lugar lo más rápido posible, ya que sólo nos quedaba un arroyo más el cual terminamos en unos días más, para entonces las primera lluvias ya se habían iniciado y nuestra salida se hizo mucho más tortuosa y difícil, ya que tuvimos que ir recomponiendo la brecha con troncos y piedras, haciéndole cama a los neumáticos e ir avanzando metro a metro, por lo que nos tardamos un día más en poder salir hacia donde se encontraban las primeras chozas de los habitantes de la región.

Ese encuentro extraordinario me hizo reflexionar y comprender lo maravillosa que es la naturaleza y así como todos los que en este mundo vivimos, el respeto por la vida de todo ser viviente y la hermosura de esos increíbles animales que se encuentran desafortunadamente en peligro de extinción al ir invadiendo cada vez más sus territorios.



UN RELATO, DE LA BIBLIOTECA DE BABEL

Tonametl Sánchez Ramírez
«Tozerím Tozehcná»

—¿Dónde está? Mujer, ¿dónde? —preguntó Manuel con acentuada desesperación.

—Sosiégate Manuel, pues ¿qué se te perdió?

—La cajita, la envuelta en el paliacate, ¿Dónde está? María, ¿dónde está?

—Válgame Dios, ¿eso andas buscando? La eché allá con tus demás triques. Tanto alboroto por una caja de fierro. Siempre es lo mismo, te encuentras cualquier 'chunche' y ya te crees que es un tesoro. Al rato te cansas y la arrumbas, estás llenando esta casa de basura.

—Ora es diferente María, ya te vas a ver que esto es especial, nomás que la abra y vas a ver. La encontré en la vieja hacienda…

Así comenzaba el relato que Paco le leía a Sandra mientras tomaban un café (muy malo, por cierto) en uno de esos lugares típicos de Coyoacán.

—Creo que está perdido dentro de esta antología —decía Paco, con sensible seriedad, refiriéndose al cuento que no tenía autor y que además ni siquiera estaba enlistado en el índice. Lo intrigaba sobremanera el anonimato del cuento, tanto, que se podía notar en la expresión de su rostro.

—Ya, ya, simplemente está mal editado, mejor continúa leyendo —dijo Sandra a pesar de su poco interés en aquella historia.

… la cajita tenía una pequeña cerradura, que Manuel, ansioso por conocer el contenido, pudo liberar fácilmente con un mondadientes de acero inoxidable que sacó de una vieja navaja suiza (un elemento más de su colección de triques).

—No pos si, mira que especial es lo que traía tu cajita —dijo María burlonamente al ver el contenido.

—Que vas a saber tú Mujer, esto puede ser importante, si no, no estaría tan bien guardado —dijo Manuel en defensa del rollito de hojas de papel encontradas en la caja. Aunque el hallazgo le produjo cierta decepción, no quiso expresarlo por no dar la razón a María. A pesar de todo, ambos quedaron intrigados ya que no podían leer el contenido de aquellas hojas…

—Bueno, te has de sentir identificado con el personaje —sugirió Sandra, tratando de soltar un chascarrillo a su amigo Paco.

—No sé por qué presumes que me identifico con el personaje, no le hallo ningún sentido a tu comentario, explícame por favor.

—Vamos, es una broma, no te enfades. Lo decía porque, al igual que el tal Manuel, encuentras algo y le das mucha importancia, justo como lo estás haciendo ahora con ese relato.

—Sí, estoy tal vez un poco interesado, pero tienes razón, no debería ser para tanto —indicó Paco tratando de redimirse por su anterior actitud. La amena charla entre ese par de amigos continuaba mientras el tiempo avanzaba. Pero, aunque el tema de esa conversación no era precisamente el cuento que leían a ratos, no podían evitar que éste se hiciera presente en sus mentes. Así, Sandra fue asaltada por una incomoda curiosidad y pidió a Paco que continuara leyendo.

… al día siguiente, muy temprano, Manuel salió a trabajar. Sin embargo, antes de todo, se dirigió a la casa del profesor de aquel pueblo. Ansiosamente le pidió que leyera el manuscrito que tanto le intrigaba. El profesor, de pelo cano y ceño fruncido, leyó con desinterés y en silencio los textos grabados en ese conjunto de hojas.

—¿Qué dice profesor, verdad que es algo importante?

—No lo sé Manuel, eso depende.

—¿De qué depende profesor?

—Mira, para mí es simplemente un cuento, un relato que alguien escribió en sus ratos de ocio —dijo el profesor haciendo evidente su desdén.

—Yo creí que podía ser importante. Pero al menos dígame que dice allí profesor.

—El relato es acerca de un hombre que lee un libro en una biblioteca, La biblioteca de Babel. Por los escritos de ese libro, este hombre se da cuenta de que todo en su mundo era irreal, todo incluyendo él mismo.

—¿Y por qué cree que nada es real? —preguntó Manuel expectante.

—El hombre descubrió en esa especie de libro Máximo, que sus vivencias se desarrollaban conforme al texto que alguien más leía en algún otro libro de la Biblioteca de Babel…

Francisco cerró el libro sintiéndose un tanto decepcionado por el desenlace de la historia. Al contrario, Sandra había quedado sorprendida por el final.

— ¿Te imaginas Paco —preguntó Sandra con cierta intriga— que en este preciso instante, nosotros existimos gracias a que alguien más está leyendo nuestra historia en algún otro libro de la biblioteca de Babel?

PARTICIPANTES DEL CONCURSO

Alumnos

Un minuto	Gloria Sarahí Aguayo Tapia «Sarahí Aguayo»
El hechizo	José Gibrán Alcántara González «El Amante no Olvidado»
Qué horas son	Merlín Alexis Aldana «Merlín VI»
La casa de Portales	Alejandra Alvarado Contreras «Farore»
Destino feroz	Álvarez Serna Bryan Emmanuel «Rudi»
Viajante	Marili Álvarez Sánchez «Nerón»
Las flores danzantes	Arturo Andrés Montealegre «Baker»
Musa de verano	Chistian Manuel Ángeles Ledesma «Armando Acosta»
Decadencia de los sueños	José Martín Ángeles Pérez «JMAP»
Natalia Sol La Sol	Metzli Itzel Armendáriz Luna «Tz»
Jonha	Gabriela Ávila García «AGG»
19- Para morir	Ismael Baltazar Guevara «Ismael Bagge»
El llamado	René Alejandro Barón Chávez «Kano»
Un día particular	Fernando Berumen Borrego «El Rey de los Viajeros»
Un cielo despejado	Daniel Bonilla Plata «Neal Luniratus»
El llanto de la laguna	Daniela Bravo Martínez «El Cuentista»
El último amor	Ángel Geovany Briseño Vázquez «Ángel Brisé»
Caída libre	Saúl Uriel Canto Reyes «Maff»

Soledad	María Alejandra Castillo Martínez «Akane»
Ruido	Carmen Elizabeth Castillo Méndez «Mandarina»
El mundo de los números	Ángel Jesús Castro Ortega «Yesil»
La chica con relámpagos en los ojos	Marcos Cedillo Constantino «Bugbear»
El cuarto piso	Luis Armando Cerón Gutiérrez «Drill Bit»
Dafne	Gloria Itzael Colindres López «Tintinella»
Laura	Daniel Alejandro Contreras López «Icarus»
Míralos	Héctor Geovanni Cortina Chávez «Astro»
El vino	Raymundo Cruz García «Sr. Mayúscula»
Los Gigantes no dormían por siempre	Ricardo Cruz Palacios «Palacios»
Próxima estación	Delta Sofía Delgado González «Suertuda Lunática»
La personalidad del siglo	Luis Daniel De San Pedro Vázquez «La Estrella Roja del Oriente»
El mensaje de Alison	Rodrigo Díaz Maldonado «Linuxnight»
Caminata a casa	Emmanuel Jaciel Díaz Mendoza «Werobon»
El gran golpe	Javier DíazGonzález García «Jazar»
Un hombre verdadero	Daniel Diner Batún «El Axolotl»
Muñecas	José Manuel Durán Mejía «Prince Strawberry»
Mellissa en ingeniería-land	Melissa Araceli Enríquez Vega «Synnove»
Instantáneas de septiembre	Carlos Alfonso Escorza Iglesias «Eliuna»
La decisión	Roberto Amir Espíndola Gjumlich «Jesús M. L.»
Crímenes de amor, lujuria y deseo	Francisco Germán Espinosa Lule «Anárquico»
Un viaje	Oscar Flores Sandoval «Daket»
Manifiesto de una vida	Arturo García Mendoza «Oso misterioso»
Un infinito de posibilidades	Arely García Reyes «Areusnovilovy»
Silencio por favor	Ricardo García Félix «Cacatúa Gris»
Café	Julio Yamir García Ordaz «Zary»
La gran belleza blanca	Natanael Jesua Garduño Aguilar «Nato»
Palabras	Erik Alejandro Gómez Pérez «Symphony of The Midnigth»
El placer indeseado	Edson Alejandro González Damián «Rocky 93»
Braquistócron	Eveltho González Ramírez «VTH»
El ave de mil colores	Hazel Fernando González Rendón «El Fer»

Eclipse	Miguel Ángel González Villarroel «Migou»
La estrella y el árbol	Francisco Javier González Garduño «Aventurito»
Una noche inolvidable	Guillermo Daniel Guadarrama Vargas «Silverkid»
De una pasión	Fernando de Jesús Gutiérrez Dámaso «Estrella solitaria»
¿Quién está detrás del espejo?	Lorena Gutiérrez Olvera «Amane»
El coleccionista de ventanas	Mayra Hernández Galindo «La Chica de la Biblioteca Perdida»
Mi amiga Bate 3	Federico III Hernández Villa «Izel Huitzillin»
La fábrica de nubes	Leonardo Humberto Huerta Villalobos «Noel Ordá»
Somos lo que hemos perdido	Alejandro Jiménez Anaya «Zeff»
La golondrina	José Pablo Jiménez Cortez «Darkadia»
El joven y la princesa	Jorge López Calvo «Pluma rota»
Días como éstos	Alan Uriel López Jiménez «Rotuldblau»
El destructor de sueños	Jatziri López Reyes «Lobito Gris»
Un nuevo amanecer	José Antonio López Portillo Hurtado «Carromato Espacial»
Susurro	Isaías Samuel Lozano Ruiz «Cretzu»
La venganza de Skai	Esteban Mariano Rosales «Arkateban»
Cupcake	Jesús Javier Martínez Arias «ChuchoJavi»
Mandala	Edgar Giovani Martínez Mendoza «Edgar G. Martínez»
Ascuas en el suelo	Daniel Martínez Meza «Daniel Mtz.»
Si pudiera les diría	Laura Martínez Peñaloza «Lu. JBM»
Importancia y cortesía	Gilberto Ehécatl Melo Álvarez «Nocturno»
Una Noche	Eduardi Meza Medinza «Fiat Lux»
Gellert	Montserrat Miranda López «Norun Donovan»
13. Sempiterno	Daniel Molina García «Derconcil»
El sentido de la amistad	Luis Enrique Montiel Negrete «Chompi»
Más allá del asfalto	Mariely Morales Álvarez «Sho'yú»
Demacrado	María Guadalupe Moreno Madrid «Moreno»
El vagón de las almas	Luis Alberto Moreno Morua «Soul»
Un mundo maravilloso	Ricardo Moreno Vázquez «Señor R.»
El músico y el reloj	Mariel Muñoz Gopar «Adanelly Enéa»
Un disfraz de mitos inconscientes y supersticiones vanas	Guadalupe Ocaña Figueroa «Lu De Valdov»

El viaje del dragón José Antonio Olvera Fernández «Acromax»
El tren de las 3 de la madrugada Eduardo Padilla Mendoza «P.M. Edwerido»
Anatomía inhumana Víctor Hugo Peralta García «Rumpel Knope»
La cantante de jazz Adrián Salvador Pérez Cruz «Alexander T.»
La jaula David Alejandro Pérez Ariza «Sr. Toloache»
Creí que tal vez deberías leerlo Rafael Pérez Vázquez «Rafael Vázquez»
Esta es la historia de una mujer que estudia ingeniería Viridiana Pineda Leal «Azure»
Una guitarra y un piano Martha Isabel Puebla Martínez «Yerha Laiddell»
El arquetipo Cristian Alexis Pulido Gómez «Alexis Uqbar»
Tongolele Faustino Adrián Ramírez Bautista «El Diablo De Alma Buena»
Más que una tierra Ana Laura Ramírez Medina «Lana Mayela»
Al lado de la ventana Ricardo Ramírez Rosas «Arno»
La fábula mal resuelta Admín Javier Ramírez Vallejo «Demian Vermiz»
El ángel que me advirtió Ariel Bolívar Ramírez Hernández «Ángel que Advierte»
Promesa nocturna Keyla Ramírez Joachin «Aliek»
Manantial Héctor Manuel Ramírez Contreras «Dorian Julianos»
Fuera de realidad Galo Iván Ramos Hernández «Glafido»
Treinta años después Julio Octavio Rangel Flores «Heinäkuu»
Pagando Sandra Angélica Real Badillo «OIZEHZ»
Después del alba Beatriz Reyes Santiago «Krifes»
En la rivera del mar Javier Reyna Alonso «Poe Calderón de la Borges»
Así la vida Alejandro Rivero Borrell Altamirano «PaQorito»
Fuego Diego Gerardo Rodríguez Arredondo «Ulises Arredondo»
Uno a uno Carlos Gerardo Rodríguez Montiel «CharGer»
Estrella fugaz Alberto Rodríguez Guzmán «Boris»
Club 32 Cornelio Rodríguez López «Corny Rodríguez»
El placer de un ángel Maricela Rodríguez Rosas «Amara C. Bien»
Un sueño fugaz Carlos Aldair Román Balbuena «Saintaldair»
Orten Juan Manuel Romero Bravo «Zeil Vie»
En el metro Francisco Javier Rosales García «Reivas»
Aún recuerdo cuando lo conocí Samuel Gamaliel Rosas Gallardo «Sam Rosas»

Relato de un asesino Mario David Rosas Meneses «Joe Carroll»
Rojo escarlata Andrea Ruiz Berrones «Andrea Rubé»
Objeto transicional Mariana Karim Ruiz Estrada «MV .2610»
El pacto Manuel de Jesús Sáenz Juárez «Manyo»
Crónicas de un taxi colectivo Karla Ximena Salinas Gallegos «Karla Moon»
Nueva oportunidad Maribel Sánchez Castillo «Julieta Santori»
Cabeza grande Jorge Luis Sánchez Gómez «El Inge»
Y tú… ¿A quién ves? Manuel Sánchez Pérez «Manuel Carax»
Alter-ego Josué Sánchez Leonel «Tilacino»
Que más solo que un héroe Ángelo Sandoval Villegas «Yelo»
Kira Lucero Santiago Velásquez «Luce SV»
Que's que somos puro cuento Lucio Santos Calderón «Chano»
Metodología para despertar Juana Alejandra Segovia Pérez «Saltimbanco Che Sa»
López Edgar Soto Santana «Leonardo Roble»
Idalia Moisés Tirado Sánchez «El Mosh»
Samsara D-dos Arturo Joshué Toral Noriega «Tavish»
La familia de ratones Jonathan Alexis Torres Guzmán «Requiem»
El barco de papel Alfredo Trujillo Fuentes «Al Fred»
20 años después (Nostalgia) Bernardo Uribe Hernández «Benjas»
Crimen Erick Valerio Santoyo «Tenoch Ejekateotl»
Belleza intangible Luis Enrique Valverde Fortanel «Valvihreä»
¡Cada que mientes, una luciérnaga muere! Emmanuel Alain Vargas Ambrosio «Punchy»
Estando conmigo misma Ana Amalinalli Vargas Manzano «Manzanita Sexy»
Engel Luis Fernando Vázquez Jiménez «L. Sagara»
Entre almas Diana Laura Vega Soto «Lithium Mayer»
Cuento de mares y rocas Leonel Gerardo Velázquez García «Acheca»
Un sueño Alma Gabriela Velázquez Conde «Isis»
Sicarú, perdida en un mundo de sueños Juan Diego Velázquez Sánchez «Diego del Prisock»
El hombre que conoció la muerte, despreció al diablo y conoció a Dios José Horacio Vélez Flores «Horacio Flores»
La bestia Damián Zamora Rivas «Demiurgo»

PARTICIPANTES DEL CONCURSO

Profesores

Cambio de lugar	Arturo Ángeles Mancilla «Juan Crisóstomo»
Cartas a los Magos	Sofía Magdalena Ávila Becerril «Carmen»
Dulce Maja	Juan Manuel Bueno Soria «Characo Alfasí»
Una llamada roja	Alejandra Icxiuh De La Guerra Carrasco «Sasha»
En blanco	Marlene Flores García «Laurencia»
Línea de transmisión en el tiempo y mi amiga ingeniera	Elizabeth Fonseca Chávez «Ingeniera Tele»
La mirada del amor	Juan Luis Francois Lacouture «Félix Buenrostro»
Eugenia	Iván Alejandro Gutiérrez Giles «Alex Giles»
Mi encuentro con el jaguar	Hugo Sergio Haaz Mora «Caminante»
La leyenda del perro mártir	Araceli Larrión Gallegos «Perro Testigo Protegido»
Anastasio y la patineta roja	María Cristina León González «Tao-tina»
Mis dos amores	María del Carmen Maldonado Susano «CeCe-Santy»
Primer día de clases	Ernesto René Mendoza Sánchez «ERMS»
El polvo Zombi	José Eduardo Pérez Mota «Der Edward»
Ignorancia	Sara Rios Dordelly «Ambientalista»
Un relato, de la biblioteca de Babel	Tonámetl Sánchez Ramírez «Tozerím Tozehcná»
Bruno y el búho sabio	Fermín Antonio Sánchez Reyes «El Profe Underground»
La Reina de las Jotas en la Corte de King Crimson	Hugo Germán Serrano Miranda «José Gonzalo Peña Nieto»
Mi historia en la UNAM, una de tantas	Manuel de Jesús Vacio González «El Profe»
El alma de Obregón	Onésimo Rafael Xelhuantzi Avila «Adriana»
Mauricio regresa a casa	Orlando Zaldívar Zamorategui «Puro Cuento 100»

udae
PUBLICACIONES FI

Cuarto concurso Cuentacuentos se publicó digitalmente en el repositorio de la Facultad de Ingeniería en mayo de 2022. Su versión original se imprimió en 2015 con un tiraje de 200 ejemplares.

El cuidado de la edición y diseño estuvieron a cargo de la Unidad de Apoyo Editorial de la Facultad de Ingeniería. Las familias tipográficas utilizadas fueron Myriad Pro Light para títulos y Minion Pro para textos con sus respectivas variantes.



VINCULOS